862.8
T2553
v.252
no.4

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

BORRAS

N.º de la procedencia

THE UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
LIBRARY

THE
BORRAS COLLECTION
FOR THE STUDY OF
SPANISH DRAMA

ACQUIRED THROUGH GIFT
FROM THE CLASS OF 1923

~~862.8~~
~~T5253~~
~~v.252~~
~~no.4~~

a 00003 481397

This book must not be taken from the Library building.

REMEDIOS HEROICOS

a

LUIS ARAQUISTAIN

REMEDIOS HEROICOS

DRAMA EN TRES ACTOS

EDICIONES «MUNDO LATINO»

MADRID

ES PROPIEDAD

Imp. de G. Hernández y Galo Sáez. Mesón de Paños, 8.—MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARINA.....	Margarita Xirgu.
OCTAVIO, su hijo.....	Alfonso Muñoz.
MANUEL DEL VALLE, médico	Antonio Torner.
RODRIGO SOLANA.....	Manrique Gil.
BASILIO, criado.....	Francisco Pierrá.
ELISA, criada.....	Julia Pachelo.
JEREMÍAS, un vagabundo..	Elías San Juan.

Gente del pueblo.

Estrenado en el Teatro Español de Madrid en marzo de 1923.

759459

A Trudi.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

BASILIO y ELISA

Fin de verano. Huerto de una casa de campo en la costa cantábrica. Al fondo, por la derecha, se presiente la amplitud y la calma del mar. A la izquierda, paisaje de montaña. La atmósfera es ligeramente neblinosa y flota en ella un gran sosiego. Frente por frente del espectador, la casa entorna sobre el huerto los ojos de sus ventanas. Una escalerilla, al centro, conduce a su interior, y a la derecha, una ancha ventana, con barandilla, a metro y medio sobre el suelo, comunica el comedor con el huerto. En el centro de la escena una mesa de piedra, y en torno sillas de mimbre. Sobre la mesa libros y periódicos. A la derecha de la casa una perrera vacía y una puerta a la calle con campanilla. A la izquierda, un pozo de cubo y polea. Árboles frutales por todo el huerto. Mediodía.

Dialogan Basilio y Elisa. Basilio es un mocetón de unos veintitrés años, y Elisa una muchacha de dieciocho: guarda de la casa él, fámula ella.

BASILIO

¡Te juro que ya no puedo más!

ELISA

Poca paciencia tenéis los hombres. ¿No ves que no anda bien de salud? Hay que sufrirle sus rarezas.

BASILIO

Tú siempre a disculparle.

Sarcástico.

¡Claro, es el señorito!

ELISA

No; porque está enfermo. Tendría que ser de piedra para llevar en esta casa tres años ya y no tenerle lástima viéndole sufrir y consumirse. Una llega a querer hasta a los animales.

BASILIO

Mordaz.

No lo dirás por mí... ¡Tres años! Más llevo yo, que puede decirse que nací en esta casa. Mientras mi padre vivió y era aquí guarda, todo fué bien. Octavio y yo nos hemos criado juntos y puede decirse que hemos sido como hermanos. Cuando venía de la capital todos los años a principios del verano, él olvidaba que era hijo de los señores y yo que era hijo del guarda, y juntos hemos andado a nidos y hemos robado en las huertas, y juntos hemos peleado a pedrada limpia con los muchachos de otros pueblos. Pero desde que vine del servicio, va ya para dos años, otro es el hombre. Ha cambiado de genio y me trata como el peor de los amos.

ELISA

Exageras, Basilio. Di que tú también te has vuelto más intratable desde que fuiste militar. El uniforme viste mucho...

BASILIO

Sarcástico.

Haces bien en defenderle. Bien lo necesita el pobre enfermo... Y él te lo agradecerá, ¿no?, que es hombre de corazón...

ELISA

Te equivocas. No le gustan las zalemas ni las lástimas.

RBC/NcU

BASILIO

Hosco.

¿Es que lo has probado?

Sombrío.

A veces, Elisa, temo perder el juicio cuando pienso que acaso tú pudieras ser la causa... Porque desde que tú estás con ellos él es otro conmigo.

ELISA

Riéndose.

Eso nos faltaba, tus celos, para fin de fiesta.

BASILIO

No te rías, Elisa, que es como si me hundieras un puñal. ¿Qué culpa tengo yo de quererte? Sí, Elisa; estoy celoso de todo, y esos nueve meses que pasas en Madrid, sin verte ni oírte en todo ese tiempo, me queman la sangre y me matan. ¿Por qué no te quedas ya este otoño? Nos casaremos en seguida, y si no quieren los amos que sigamos en esta casa buscaremos otra.

ELISA

Nos sobra tiempo, Basilio; que todavía somos muy jóvenes, y yo quiero ver algo de mundo antes de sepultarme entre estas peñas.

BASILIO

¿Ves cómo no me quieres, Elisa?

Irónico.

Claro, la niña necesita conocer mundo, y cuidar al señorito, y quién sabe qué premio le espera...

ELISA

No seas bobo, Basilio. ¿No te he dicho mil veces,

no lo estás viendo tú mismo, que al señorito Octavio no le gustan las mujeres, que las aborrece, que si pudiera prohibiría que nadie se quisiera ni se casara?

BASILIO

Rencoroso.

Es cierto; nunca creí que fuera mucho hombre...

ELISA

Es su enfermedad. Dice que todos estamos podridos y que es un crimen casarse para que nazcan hijos tan podridos como los padres, hijos que sólo viven para saber que se están muriendo. ¿No ves que está como loco?

BASILIO

Cada cual habla de la feria según le va. ¿Podrida tú, podrido yo? ¿Podrida la manzana más sana del valle y podrido el roble más fuerte? A él acaso no le falta razón. Don Pablo, su padre, que en paz descanse, no era, no, una torre. Todavía le estoy viendo renqueante, resoplando como fuelle averiado y la cara como de cera. Dicen que fué hombre de mucho vicio y holgorio en la juventud, allá en América.

ELISA

Ese es el miedo del señorito Octavio. Suele decir que las enfermedades de los hijos son la penitencia de los pecados de los padres.

BASILIO

Humanizado.

Comprendo sus cavilaciones, y yo tampoco estaría tranquilo si tuviese sangre de padre así.

ELISA

Ya ves que no tienes razón para tomar tan a pecho sus manías.

BASILIO

Es verdad; pero es que yo le quiero a él como siempre, como a mi mejor amigo, y me duelen sus durezas. ¡Y además te quiero tanto, tanto, Elisa!...

Hace ademán de cogerla un brazo.

ELISA

Bajando la voz.

¡Quieto, que alguien viene!

ESCENA II

DICHOS y OCTAVIO

Sale Octavio de la casa. Es un mozo de veinticinco años, de estructura delicada, pálido el rostro, surcado por íntimo dolor. Lleva un libro bajo el brazo. Ha visto el final de la escena anterior desde la puerta de la casa y avanza lenta y silenciosamente hacia el huerto. Elisa simula poner orden en los libros y objetos que hay sobre la mesa de piedra. Basilio finge recoger las hojas del suelo. Octavio recorre circularmente la escena, de izquierda a derecha, y se detiene ante la perrera vacía. Basilio se dispone a irse por la izqnierda.

OCTAVIO

¡Basilio!

BASILIO

Volviéndose.

¿Llamabas?

OCTAVIO

Colérico.

¿Dónde está el perro? Te he dicho cien veces que no le dejes nunca suelto. Cada día eres más torpe y desobediente.

BASILIO

Lo solté esta mañana para que no se le olvide andar, pues no es cosa de tener ahí atada noche y día a la pobre bestia.

OCTAVIO

Secamente.

Eso es cosa mía, y ya te tengo dicho que no quiero que ande por esas callejuelas con todos los perros sarnosos del pueblo.

Irritado.

¿O es que en esta casa no soy ya nadie?

BASILIO

Dolorido.

No tienes motivo para quejarte de mí.

OCTAVIO

¡Basta! No tengo ganas de conversación. Vete a buscarlo; y que sea la última vez que se le suelta sin mi permiso.

Sale Basilio, hosco, bruscamente, tras un momento de vacilación. Se dirige Elisa a la casa.

ESCENA III

OCTAVIO y ELISA

OCTAVIO

¡Elisa!

Elisa se detiene.

Octavio, tras una pausa, viniendo al centro de la escena.

¿He estado duro con Basilio? Le quiero como a un hermano, pero me irrita que no me obedezca; me toma por un hombre sin voluntad.

ELISA

Crea el señorito que no hay mala intención en Basilio.

OCTAVIO

Desde que volvió del servicio es otro hombre, más independiente y frío. Ya no soy su mejor amigo.

ELISA

Es que en el cuartel se conoce mucha gente...

OCTAVIO

No me gusta la vida de cuartel. Siempre me ha desagradado. Ya de niño solía tener terribles pesadillas soñando que era soldado. Luego, esa libertad de costumbres que allí reina...

ELISA

Tímidamente.

Mi madre solía decir que los hombres mejor es que la corran antes de casados...

OCTAVIO

Pues es una necedad, Elisa, aunque la dijera tu madre. ¡Bonita enseñanza! Esa manga ancha de los padres y de todos es la causa de tanta calamidad como hay por esos mundos de Dios. Ahí tienes los hijos de *La Pelona:* todos ciegos o contrahechos. Pues su marido, *El Pelón,* del servicio trajo la peste que los ha arruinado a todos.

ELISA

Pero Basilio es un roble.

OCTAVIO

No te fíes de las apariencias, que a veces engañan.

Pausa.

Ya sé que tiene prisa por casarse. No lo comprendo. ¡Con lo bien que se está de soltero, sin esas preocupaciones de la familia y si los hijos no tienen zapatos o no tienen salud!...

ELISA

Pero alguna vez hay que casarse, para que no se acabe el mundo...

OCTAVIO

Como hablando para sí.

Por lo que importaría...

Pausa.

¿Qué necesidad tienes de casarte, Elisa? En nuestra casa serías, con el tiempo, como de la familia. Mi madre necesita una persona de confianza. Yo no quiero casarme; tampoco podría,

Sombrío.

pues no es fácil que llegue a viejo; ni siquiera a hombre maduro...

ELISA

¡Qué cosas se le ocurren al señorito!

OCTAVIO

Me conozco, Elisa. ¿No ves mi cara? ¿Verdad que estoy pálido y que me arden los pómulos? No me digas que no; no mientas,

Irritado.

pues aunque apenas me atrevo a mirarme al espejo, adivino mi imagen. La veo reflejada en la inquietud, en el temor, en la lástima de cuantos me rodean. Hasta los ojos del perro, de mi *Noble,* se vuelven más dulces, más compasivos cuando me miran. ¡No, Elisa, no pasarán muchos años, quién sabe si sólo meses, sin que mi madre se quede sola! Quédate tú con ella y serás como su hija.

ELISA

He dado a Basilio mi palabra de matrimonio y no estaría bien faltarle.

OCTAVIO

Irónico.

¡Claro, claro! Hay que cumplir la palabra dada y,

sobre todo, dar hijos al mundo aunque estén llenos de podre y dolor y se pasen lo poco que reciben de vida maldiciendo la memoria de los padres.

ELISA

¡Qué pecados tan grandes está diciendo el señorito contra la ley de Dios!

OCTAVIO

Peor sería cometerlos.

ELISA

Tímidamente.

Además, ¿qué diría la gente si me quedase toda la vida en esta casa, en casa de un soltero?... Ya ve lo que dicen de Matea, la criada de Juanón, el indiano.

OCTAVIO

Mordaz.

Podrías casarte conmigo... Si no fuera por esa palabra que has empeñado a Basilio...

ELISA

Insolente.

Puede el señorito ahorrarse sus burlas...

OCTAVIO

Sarcástico.

Tienes razón, Elisa. Tu deber es no consumirte en una soltería inútil, sino casarte para mayor gloria y perpetuación de este admirable género humano a que tenemos la suerte de pertenecer. ¡Y viva el egoísmo universal!

Cambiando de tono.

Por lo menos, Elisa, procura que un buen médico reconozca antes a Basilio. No te fíes...

ELISA

Irónica.

Pero ¿no ve usted, señorito, que no hace falta? Su padre era fuerte como la torre de la iglesia. Basilio es una catedral. En último caso, si el género resulta averiado, tanto peor para quien lo merca...

OCTAVIO

Colérico.

¡Raza desagradecida y criminal! ¡Mundo dislocado! Por una lesión leve, hecha acaso en lucha arriesgada, un hombre va años a la cárcel. Pero ese mismo hombre puede envenenar a varias generaciones con su podredumbre, y nadie le condena ni le hace el menor reproche.

ELISA

¡Qué quiere usted, señorito! Así es y será el mundo.

Sarcástica.

¡Pues sólo faltaba eso, que en vez del cura nos casara el médico!

OCTAVIO

Violento.

Quítate de mi vista, pobre bestia cerril, que no mereces ni una milésima del interés que por ti me tomo. ¡Márchate!

La persigue hacia la casa.

Sí; es mejor que toda la vida estéis dando de comer a los médicos con vuestros hijos gangrenosos que pagaros un certificado de prevención. ¡Márchate ya, que me ofende tu vista!

ESCENA VI

OCTAVIO y MARINA; luego, BASILIO

Entra Elisa en la casa. Octavio, después del acceso de ira, vuelve al centro de la escena y se deja caer agotado en una de las sillas. Sale Marina de la casa.

MARINA

¿Qué voces eran esas, Octavio?

OCTAVIO

Nada, madre. Lo de siempre. Que nadie me hace caso. Todos me juzgan como un pobre enfermo sin voluntad, a quien pueden desobedecer y burlar impunemente.

MARINA

Acaso no siempre eres tan discreto como debieras ser. Ya sé que últimamente te ha dado la manía por entrometerte en el noviazgo de Elisa y Basilio...

OCTAVIO

Nadie me tiene la menor consideración. ¡Lo llamas manía! ¿Te parece manía velar por la salud del prójimo?

MARINA

Me parece mucho celo el tuyo. Aparte de que Basilio y Elisa rebosan salud por los cuatro costados...

OCTAVIO

Cualquiera se fía. Las ciudades está llenas de tentaciones y la vida de cuartel es la puerta de muchos vicios. ¿No has observado que Basilio no tiene aquella robustez de antes de ir al servicio?

MARINA

Son presunciones tuyas. Y en último término, ¿qué derecho tenemos a meternos en vidas ajenas?

OCTAVIO

Sarcástico.

Tienes razón. Sólo tienen derecho a protestar los hijos que arrastran de por vida las lacras de los padres.

MARINA

¡Maldita manía, que acabará contigo!

OCTAVIO

¿También llamas manía a lo que es mi castigo sin culpa?

MARINA

Mil veces te he dicho que sólo son preocupaciones tuyas.

OCTAVIO

Sí; y que el poder de la vida es tan grande, que

basta a triunfar sobre todas las escorias heredadas, pues de otro modo hace tiempo que la humanidad entera hubiera acabado en un manicomio o en un hospital...

MARINA

Es verdad; pero en tu caso no hace falta contar siquiera con eso. Yo no he tenido jamás una jaqueca. Tu padre...

OCTAVIO

Exaltado.

No sigas, madre; no quieras mentirme piadosamente.

MARINA

Enérgica.

¡Jamás te he mentido, Octavio! ¡Jamás he mentido a nadie!

OCTAVIO

Entonces te engaña tu propia ilusión. Porque no dirás que mi padre fué un Hércules...

MARINA

¡Respeto te exijo por un muerto!

OCTAVIO

Cambiando de tono.

¡Perdóname, madre! No sé lo que digo. La idea de que estoy enfermo de un mal que yo no he contraído con mis imprudencias, que no era fatal, que pudo haberse evitado, aunque hubiera sido evitando mi existencia, ahorrándome esta vida, que sólo es conciencia

de muerte próxima, me exaspera hasta la locura. Me quita el sueño, porque seguro de que mis días están contados, quiero apurarlos viviendo en estado de vigilia, aunque sea a costa de espantoso sufrimiento. Me paso las noches en claro y los días como un sonámbulo viendo acercarse su trágico fin. La fiebre devora no sé si mi cuerpo o mi razón, o ambos; temo averiguarlo. Me he vuelto misántropo, aborrezco a los hombres, no sé si porque en ellos veo cómplices de mi desdicha o porque temo acostumbrarme a quererlos, ya que tan pronto he de abandonarlos. No tengo gusto para nada. Odio los placeres de la vida porque sé que para mí son más efímeros que para nadie. No quiero emprender nada; he suspendido todo esfuerzo serio, porque ¿de qué me sirve, si me ha de faltar tiempo para todo? Soy como un sentenciado a muerte a plazo fijo, que teme ese instante porque ha de cortarle una vida que se quiere aun siendo desventurada, y al mismo tiempo se le desea porque pondrá término a una lenta agonía. ¡Perdóname, madre, y quita de mis actos y palabras lo que en ellos haya de locura, y no los juzgues sino por lo que tienen de dolor!

MARINA

Acariciándole.

¡Sí, hijo mío, estás loco!; que sólo es locura, pasajera locura, el mal que te aflige. Estás enfermo de la razón, no del cuerpo, como te imaginas; pero viene a ser lo mismo, pues el cuerpo acabará por contagiarse de la dolencia que sólo está en el alma.

OCTAVIO

Es inútil, madre, que quieras convencerme de que la mía es una enfermedad imaginaria.

MARINA

¡Yo te juro, Octavio, que de tu padre no has podido heredar ninguna de esas enfermedades!...

OCTAVIO

Exaltado.

¡No jures en falso, madre, que el engaño me irrita y me hace más dolorosa la verdad!

MARINA

Enérgica.

¡Yo no he jurado nunca en falso a nadie!

OCTAVIO

Más suave.

Pues entonces vuelve a engañarte tu ilusión. Porque yo he tenido la paciencia de averiguar todos los antecedentes de mi padre y no pueden ser más lamentables. Se casó contigo bien pasados los cincuenta años, después de una vida azarosa, agotado, enfermo, como quien busca en el matrimonio una clínica, un refugio. Tengo informes verídicos de algunos amigos suyos, y, sobre todo, de algunos médicos que le asistieron; he podido reconstituir su vida y sus dolencias. Tuvo una enfermedad sospechosa y murió tuberculoso. ¿Te parece tranquilizador?

MARINA

Evasiva.

Esas son exageraciones y chismes de desocupados. En la época en que empezó tu vida...

OCTAVIO

¡Cómo ignoras, madre, estos problemas de herencia enfermiza! ¡Si los conocieras como yo, que llevo ya varios años estudiándolos! Te quejas de que descuido mi carrera de leyes, y tienes razón; pero es que me absorben estos otros estudios médicos. Ahora mismo estoy leyendo este libro,

Cogiendo el que lleva debajo del brazo.

que acaso es lo mejor que se ha escrito...

MARINA

Eso es lo que te trastorna. Tanta lectura es lo que te estraga.

OCTAVIO

Nací dos años después de vuestro matrimonio, como si hubiera existido algún recelo o dificultad para dotarme de vida. Es cierto que dicen que fuí un niño robusto y que ningún síntoma de anormalidad tuve hasta los veinte años; pero no hay que fiarse, madre, de las apariencias. Es frecuente que una mala herencia no se manifieste hasta la juventud, y en algunos casos hasta la madurez. A mí me puso en guardia, hará unos cinco años, nuestra criada Rosa, la vieja Rosa...

MARINA

Una perdida. La tuvimos que jubilar, más que por vieja, por borracha.

OCTAVIO

Ya sé que no os queríais. Una vez que la encontré, hace cinco años, como digo, algo bebida, como de

costumbre, me dijo: «Pero niño, ¡cómo has crecido! ¡Qué real mozo estás ya! Te van a comer las mozas del pueblo. ¡Ah, si tu padre hubiera sido tan guapo cuando me cortejó en su propia casa! Pero era un asqueroso y estaba repodrido. ¡Da gracias a Dios, hijo, que no seas astilla de tal palo!»

MARINA

Te digo que era una perdida...

OCTAVIO

Las palabras de la vieja se me clavaron en el alma. «Era un asqueroso y estaba repodrido. ¡Dale gracias a Dios!...» ¿Y si la astilla era del mismo palo? ¿Y cómo podía ser de otra manera? Desde entonces me atormenta la duda, ¡qué digo la duda!, la más terrible certidumbre. A veces me imagino que llevo dentro de mí un muerto o que estoy atado a un cadáver que me va contagiando poco a poco su carroña. ¡Si yo pudiera romper la cadena! ¡Si yo pudiera quitarme de encima esta carga muerta! Pero no puedo, no puedo; soy demasiado débil...

MARINA

¡Calla, hijo, calla, que me traspasas el corazón con tu locura! Sí; estás loco, rematadamente loco, y acabarás por enfermarte de veras. ¿No has consultado varios médicos? ¿No te han dicho que es sólo aprensión lo que padeces?

OCTAVIO

Irónico.

¡Los médicos! Nada saben de los misterios de nuestro organismo. Nada ha adelantado la Medicina,

como no sea en descubrir cada día nuevas enfermedades; pero sin poder curar ni las nuevas ni las antiguas.

MARINA

Entonces, ¿por qué te atormentas leyendo sus libros?

OCTAVIO

Porque quiero hacer un buen diagnóstico de mí mismo, no porque espere curarme. A los médicos nada les importa de los enfermos; les ha insensibilizado la profesión, el contacto diario con el dolor y la muerte. Para ellos sólo hay casos, no enfermos. ¡Si yo fuera un caso interesante, cuya curación mereciera ser comunicado a alguna Academia de Medicina!... ¡O si fuera un cliente muy crédulo y muy rico, cuya mala salud conviniese prolongar, ya que no fuera posible restablecer!....

MARINA

Pero imagínate que hubiera un médico humano, sensible a tus sufrimientos, interesado en tu salud...

OCTAVIO

Me pides que imagine un imposible.

MARINA

Te equivocas. Existen médicos así, y en mayor abundancia de lo que supones. Tú conoces uno...

OCTAVIO

¿Quién?

MARINA

Don Manuel del Valle.

OCTAVIO

¡Bah! Un pobre practicón de provincias.

MARINA

Asistía a tu padre cuando veníamos aquí durante los veranos. Te quiere como a un hijo...

OCTAVIO

Está demasiado viejo para poder enterarse de nada.

MARINA

Pronto hemos de verlo, porque es probable que hoy venga de la capital.

OCTAVIO

Alarmado.

Vendrá a ver otros enfermos suyos.

MARINA

Y a ti. Yo le he escrito que venga. Quiero que te examine con cuidado, con amor, como si fueras de su familia. Lo hará, que es hombre que nos tiene a todos gran afecto.

OCTAVIO

¿Que le has escrito? ¿Que vendrá a verme? No, madre. Antes la muerte que caer en manos de un ignorante.

MARINA

Eres incomprensible. ¿No te quejabas de la falta de interés de los médicos?

OCTAVIO

No sé qué es peor, si la indiferencia o la ignorancia. No, madre, no quieras aumentar mi tormento. Imagínate que ese viejo, que seguramente ya no ve ni oye, no conoce ninguno de los progresos modernos de la Medicina—la Medicina, madre, es una ciencia de jóvenes, de sentidos despiertos, de espíritus audaces—; imagínate que el buen hombre, poco prudente y demasiado seguro de sí mismo, con esa seguridad dogmática que dan los muchos años; imagínate que nos suelta un diagnóstico rotundo y fatal... No, madre, no; prefiero mi duda, aunque ya sólo sea una sombra de duda.

MARINA

En conclusión: don Manuel vendrá probablemente hoy mismo, quién sabe si ya ha llegado al pueblo en el tren de mediodía, y te reconocerá. Yo te lo ordeno.

OCTAVIO

Nervioso.

Te desobedeceré, madre, con gran violencia de mi corazón, porque nada aumenta mis sufrimientos como el ser yo causa de los tuyos; pero me iré al monte.

Hace ademán de irse.

MARINA

Espera, Octavio; alguien llega.

Entra Basilio, trayendo el perro *Noble*, un hermoso mastín, cogido del collar.

OCTAVIO

¿Dónde le encontraste?

BASILIO

Jugaba en la playa con unos niños.

OCTAVIO

Menos mal. Como es perro razonable, huye de los hombres y... de los perros. Atalo en su perrera y no te olvides de lo que te he dicho.

BASILIO

A la vuelta me encontré con don Manuel, el médico de la capital, a la puerta de la botica. Me dijo que vendría de seguida.

Octavio hace gesto de irse.

MARINA

Espera, Octavio.

BASILIO

Con él estaba Rodrigo Solana, el indiano. Parecía acabado de llegar también.

OCTAVIO

¿Rodrigo Solana, ese de quien dicen que ha hecho tantos millones en la Argentina?

MARINA

Que se ha levantado al oír la noticia, dominando su emoción.

El mismo. Un amigo de la infancia. En efecto, pa-

rece que ha hecho algún dinero; pero no creo que millones.

OCTAVIO

Malhumorado.

No habrá robado poco...

MARINA

Indignada.

Me disgusta, Octavio, que hables así de un hombre que es la honradez misma. Rodrigo es un gran trabajador y honrado a carta cabal; no me extraña su buena suerte.

OCTAVIO

Irónico.

¡Perdóname, madre, si he ofendido sin querer!...

MARINA

Además, le estamos obligados. Muerto tu padre puede decirse que él ha sido el administrador de las fincas que dejó allí cuando vino a casarse conmigo. Religiosamente ha enviado todos los años las rentas. Más de una vez te he hablado de esto.

OCTAVIO

Irónico.

Sí; lo recuerdo vagamente. ¡Todos mis respetos para don Rodrigo Solana!

MARINA

Nunca le agradeceremos bastante lo que ha hecho por nuestros intereses. Hasta el último momento se

ha desvivido por nosotros. Hace unos cuatro meses me escribió que se sentía un poco cansado, que en rigor no necesitaba trabajar allí más, y que como los negocios iban de mal en peor, pensaba liquidar los suyos y venirse definitivamente a este pueblo que le vió nacer y donde, según decía, quiere morir.

OCTAVIO

Con macabra entonación.

Sí; es un consuelo estar enterrado en el cementerio natal. Debe ser un alivio sentirse bajo tierra como en familia...

MARINA

Enojada.

Ya sabes que no me hacen ninguna gracia esas chocarreras irreverencias. Pero a lo que iba. Rodrigo me aconsejaba en su carta que, puesto que no sabía de nadie a quien confiar la administración de nuestros terrrenos, lo mejor sería venderlos e invertir el importe en acciones de un ferrocarril en construcción de la Argentina, que son, según él, valores de toda seguridad. Me pareció bien el consejo, le conferí poderes y ahora supongo que viene a entregarme esos valores.

OCTAVIO

Vi ayer mañana pasar cerca de la costa un trasatlántico; pero no me imaginé que vendría en él nuestro argonauta...

MARINA

Malhumorada por el tono de ligereza de Octavio.

Habrá venido por Francia, según me escribió.

Ahora sólo tengo que pedirte que no uses semejante tono con Rodrigo, a quien sólo debemos gratitud.

OCTAVIO

Inclinándose humorísticamente.

¡Todos mis respetos para nuestro benefactor!

Suena la campanilla de la puerta. Basilio, que durante la escena anterior ha estado atando el perro, va a abrir. Octavio haciendo ademán de marcharse.

Me voy, madre; quiero leer un poco.

MARINA

No te alejes.

ESCENA V

MARINA y MANUEL; luego, BASILIO y OCTAVIO

Entra don Manuel del Valle, fuerte en su ancianidad, elegantemente vestido. Trae en la mano un minúsculo maletín. Octavio, que ha observado su entrada desde el recodo de la casa, desaparece al verle. Tras él se aleja también Basilio.

MARINA

Saliendo a su encuentro.

Eso es diligencia, don Manuel del Roble, mejor que del Valle... No hace falta preguntarle por su salud, que, por lo visto, mejora con los años, como los buenos vinos.

MANUEL

Lo mismo digo, mi señora doña Marina. Es decir, lo mismo no, porque si en mí parece mejorar con los años la salud, en usted lo que aumenta es la belleza.

MARINA

Riéndose.

Como buen médico, nunca le falta a usted la piadosa mentira que conviene a cada enfermo... o enferma.

MANUEL

Una verdad como un templo, doña Marina. Pero a lo que parece no es nada grave lo del mozo; le he visto alejarse por detrás de la casa.

MARINA

Grave acaso, pero no urgente.

MANUEL

Rara es la gravedad sin urgencia. Con el tiempo, el gran médico, todo se cura. Ya supuse que no sería nada urgente; pero apenas recibí ayer su carta decidí tomar el tren correo de esta mañana. Siempre son para mí, Marina, órdenes imperiosas sus indicaciones.

MARINA

Ni a los mismos médicos les sienta mal un día de campo.

MANUEL

Luego, este viaje por la costa no puede ser más delicioso, sobre todo ahora, en que ya puede darse por muerto el verano. Añada usted que he tenido la fortuna de hacer el viaje con su antiguo convecino Rodrigo Solana, que llegó ayer de América, por Francia.

MARINA

Acaban de decírmelo.

MANUEL

Dicen que tiene más millones que pelos en la cabeza, aunque los años y las fatigas se la hayan despoblado bastante. Realmente, al hombre le encuentro algo envejecido para su edad. No creo que tenga más de cincuenta y cinco...

MARINA

No llegará a cincuenta. Se marchó ahora hace veinticinco; entonces tendría unos veinticuatro. Fuimos amigos de la infancia. Era un real mozo.

MANUEL

Bien se ve que lo ha sido; pero esa dura vida de América envejece a los hombres antes de tiempo. Cambian el capital de la vida—juventud, ilusiones, afectos—por capital económico. Creo que hacen un mal negocio. Nunca he comprendido ese empeño de asegurar unos pocos años de vejez a costa del sacrificio de lo mejor de una existencia. Dan el oro y se quedan con la morralla, aunque ellos se imaginen otra cosa.

MARINA

Pero hay hombres que sacrifican toda una vida a un ideal mayor que el de hacerse un seguro para la vejez.

MANUEL

¿Cree usted que Rodrigo Solana es de estos hombres? ¿Qué ideal puede esperarle en este pueblo? Como no sea fundar una escuela que inmortalice su nombre...

MARINA

Enigmática.

Hay ideales profundos...

MANUEL

Puede ser. No he querido rebajar en nada a Solana, que bien a la vista está que es un hombre trabajador, digno de todos los respetos. Además es hombre agradable, comunicativo, de esos de quienes uno se hace amigo sin esfuerzo en un viaje común de una hora. Por de pronto se ha empeñado en que almuerce con él en casa de sus parientes.

MARINA

Eso de ningún modo, don Manuel. Hoy nos pertenece usted. Conociendo su prontitud, estaba segura de que vendría usted esta mañana y he encargado que pongan un plato más en la mesa.

MANUEL

Como usted ordene, doña Marina; pero habría que avisar a Solana que quedó prisionero en esta casa. Por cierto, y antes de que lo olvide, me encargó decirle a usted que esta tarde, apenas despache con sus parientes, vendría a saludarla.

MARINA

En seguida le será anunciado su cautiverio...

MANUEL

Y ahora dígame lo que le pasa a su hijo.

MARINA

Ya le he dicho que no creo que sea nada urgente; pero desde hace unos días estoy más intranquila que de costumbre. Usted conoce ya de estos veranos pasados su manía, que últimamente se ha agravado: se cree heredero de las enfermedades que, usted lo sabe bien, aquejaron a mi marido Pablo. Estas noches pasadas ha tenido algo de fiebre y ha tosido bastante. Temo que enferme de veras. Por eso le he llamado a usted, alarmada.

MANUEL

Siempre creí que en el chico se daba un gran deseo de vivir con una imaginación sombría y propensa a verlo todo fúnebre. En el fondo, literatura malsana. Se está abusando de estos problemas de herencia, y no sólo en los libros y publicaciones de los especialistas, que ahí tienen su propio lugar, sino en la Prensa diaria y hasta en las novelas y en el mismo teatro. Es la obsesión del siglo. ¡Jesús qué desdicha! No es extraño que una imaginación morbosa se deje influir y perturbar por tanta verborrea seudocientífica. Pero le examinaré detenidamente y veremos lo que resulta.

MARINA

Sí; hágalo. Cualquier sacrificio será poco con tal de curarle: viajes, distracciones de cualquier clase...

MANUEL

¿Está en la casa?

MARINA

Voy a llamarle.

Se dirige al fondo de la huerta.

¡Basilio! Busca a Octavio y dile que venga.

Vuelve al centro de la escena. Basilio está invisible.

MANUEL

Sí; acaso viajando o distrayéndose de cierta manera... ¿Le atraen las mujeres?

MARINA

Un poco confusa.

Las tiene verdadero horror. Si por él fuera, la Humanidad no pasaría de su generación. Verdad es que yo he contribuído a educarle en el temor a ciertas relaciones... ¡Dios mío, con las cosas que una oye! Pero no sé qué es peor, y con tal de librarle de su locura, yo misma le aconsejaría... ¡Aunque me muriese de vergüenza!

MANUEL

Crea usted que a sus años una aventurilla sin consecuencias sería la mejor cura para el mozo. ¡Con tan linda bailarina como anda por esos tablados!

MARINA

Ruborosa.

Bien parece que lleva usted la cuenta...

MANUEL

Mi señora doña Marina, ¿en qué, si no, puede distraerse un viejo solterón sin hogar propio?

Entra Basilio.

BASILIO

Ya viene el señorito.

MARINA

No te alejes, Basilio, que he de mandarte con un encargo. Ya te llamaré.

BASILIO

Estaré en los rosales, señora.

MARINA

Sí; corta unas rosas para la mesa.

Sale Basilio.

MANUEL

Pero si todos los remedios fallasen, siempre queda uno heroico.

MARINA

Ansiosamente.

¿Cuál?

Entra Octavio por el fondo del huerto.

MANUEL

Aquí está nuestro buen mozo. ¿Qué es lo que ocurre, mi joven amigo?

Saludos.

OCTAVIO

¡Buenos días, don Manuel! Nada; cosas de mi madre, que se alarma por cualquier bagatela.

MARINA

Don Manuel quiere reconocerte detenidamente...

OCTAVIO

Irritado.

Pero si no es necesario, madre. ¡Ganas de causar molestias!

MANUEL

Yo también creo que no es necesario. Pero ya que he venido, y conste que no es ninguna molestia, al contrario, un vivo placer, veremos como andan las piezas de esa relojería. En cualquier habitación...

OCTAVIO

Resistiéndose.

Precisamente hoy es el peor día. He dormido mal; estoy sobrexcitado...

MARINA

Aquí mismo, en la sala de la planta baja... Entremos.

OCTAVIO

Excitado.

¡Tú no, madre! Déjanos solos.

MARINA

Bueno, hombre. Permíteme, por lo menos, que os acompañe hasta la puerta y vea si está la habitación en orden...

ESCENA VI

BASILIO y ELISA

Entran en la casa. Basilio vuelve a escena con un ramo de rosas y se acerca con ellas a la ventana del comedor; dentro de él se ve andar de un lado a otro a Elisa.

BASILIO

¡Elisa!

Se asoma ella.

Toma estas flores que me ha encargado la señora para la mesa.

ELISA

Cogiéndolas.

Bueno se pondrá el señorito cuando las vea. No le gusta que se corten de la planta.

BASILIO

¡Siempre el señorito! Todo lo que él dice y hace te parece cosa de Dios.

ELISA

Pues tiene razón. ¿Qué falta hacen en la mesa? No sirven mas que para estorbar.

BASILIO

En cambio, si al señorito le pareciera bien que se cortasen...

ELISA

Mira, Basilio: como sigas así acabaré por no venir al pueblo el año que viene. Estás insufrible.

BASILIO

No lo tomes a mal, Elisa, que ya sabes que si no vinieras me mataría.

ELISA

No será para tanto. Pues mira: si el señorito no mejora de aquí a entonces, mucho me temo que el año que viene cambie de rumbo. Esta misma primavera quería la señora ir a Suiza. Dice que allí hay buenos médicos y sanatorios.

BASILIO

Y aquí, ¿no los hay también? Don Manuel dicen que es una eminencia. Luego la tierra de uno es el mejor sanatorio. No; yo no creo que el señorito tenga nada. Todo es cosa del pensamiento. A ver si tú oyes algo de lo que diga don Manuel. Yo también tendré el oído alerta.

Sale doña Marina.

ESCENA VII

DICHOS y MARINA

MARINA

A Elisa.

La comida tiene que estar a la una en punto. Ya sabes que no me gusta esperar. Adviértelo en la cocina.

ELISA

Sí, señora.

Desaparece de la ventana.

MARINA

Oye, Basilio: vas a ir a casa de los Solanas. ¿Sabes dónde es?

BASILIO

Sí, señora; al otro lado del puente.

MARINA

Exacto. Dejarás dicho a Rodrigo... a don Rodrigo... que el médico come con nosotros y que toda la tarde estaré yo en casa.

BASILIO

Muy bien, señora.

Hace ademán de irse.

MARINA

Di, Basilio.

BASILIO

Señora...

MARINA

Antes dijiste que habías visto a don Rodrigo Solana.

BASILIO

Le vi con el médico cuando fuí a por el perro. Ya había corrido por todo el pueblo la noticia de su llegada. Todo el mundo salía a las puertas a saludarle. Cuando él se marchó, yo era muy pequeño o acaso no había nacido todavía.

MARINA

Claro que todavía no habías nacido. Por eso no puedes saber si ha envejecido mucho desde entonces. Yo creo que no, porque los Solanas siempre fueron buenos mozos. Ahí tienes al tío Juanón, hermano del padre de don Rodrigo, que ya va para los ochenta años y todavía está hecho un huso.

BASILIO

Don Rodrigo tendrá unos sesenta años.

MARINA

¡Qué disparate! Ni cincuenta. Si es muy joven.

BASILIO

Me pareció de esa edad, pero acaso me engañara la vista.

MARINA

Era alto como un chopo.

BASILIO

Ahora va como doblado un poco por el viento. Ahí es nada lo que habrá tenido que trabajar para hacerse con tanto dinero como dicen.

MARINA

Tenía un pelo negro como la endrina.

BASILIO

Ahora más bien tira a ceniza, por lo que recuerdo; tenga en cuenta la señora que sólo le vi un momento.

MARINA

Lo que sí estará es algo más grueso; cuando se fué era una espiga; pero muy sano y fuerte, eso sí.

BASILIO

Pues ahora está como una brazada de espigas; yo juraría que no anda lejos de los cien kilos...

MARINA

¡Valiente ojo de pésimo cubero el tuyo! Como no lo tengas mejor para comprar ganado... ¿Y el color? Antes era colorado como una manzana madura.

BASILIO

Pues ahora tira a ciruela, entre verdoso y amarillo.

MARINA

No tienes precio para fotógrafo. ¡Sí que harías negocio favoreciendo de ese modo a tu clientela!... En fin, por lo menos vendrá elegante, aunque no se te alcance mucho de esto; por ejemplo: estará tan bien vestido como don Manuel.

BASILIO

Es verdad, señora, yo no entiendo nada de eso; pero el tal don Rodrigo me parece un tendero de ultramarinos, enfermo del hígado y en traje de día de fiesta. No se le puede comparar con el médico. ¡Perdone si ofendo!

MARINA

Eres un mal hablado, Basilio. Cualquiera diría que le guardas rencor por algo.

BASILIO

Siempre he oído decir en mi casa que los Solanas se portaron medianamente con mi familia por culpa de un prado colindante. Pero créame la señora que no he pensado en nada de eso al hablar de don Rodrigo, que ninguna culpa tuvo en el asunto. El disgusto viene de sus padres.

MARINA

¡Acabáramos, hombre! Hubieras empezado por ahí y me hubiera ahorrado el trabajo de preguntarte. Pero en mi casa quiero que se respete a los amigos nues-

tros, y don Rodrigo lo es, y muy antiguo, como a nosotros mismos. ¿Lo oyes?

BASILIO

Sí, señora.

MARINA

Malhumorada.

Pero ¿a qué esperas para llevar el encargo que te di hace media hora?

BASILIO

Contestaba a la señora...

MARINA

Con mayor irritación.

Pues no quiero respondones. Ya lo sabes. Vete ya volando y no te detengas en la taberna, como de costumbre, que todo lo tienes por hacer en la casa.

Como hablando para sí.

Cada día se está volviendo la servidumbre más desleal y holgazana. ¡Ay, aquellos criados antiguos!

Basilio, que ha estado luchando por responder, se encoge coléricamente de hombros y sale por la puerta del jardín con brusquedad.

Dirigiéndose a la ventana del comedor, en cuyo fondo vuelve a ver ir y venir a Elisa.

¿Encargaste que estuviera la comida a la una, sin falta?

ELISA

Desde dentro.

Sí, señora.

MARINA

Ya sabéis que no me gustan los retrasos. ¡Nunca hay modo de comer a la hora!

Pausa.

¡Oye, Elisa!...

ELISA

Señora...

MARINA

¿Has notado el cambio de Basilio?

ELISA

No había notado nada, señora.

MARINA

Sí; es otro. Se ha vuelto respondón, entrometido e insolente. ¡Eso faltaba!

ELISA

No sabía nada, señora.

MARINA

No me gusta nada el giro que está tomando ese muchacho. No te fíes demasiado en él. No sé si hago bien en teneros en la misma casa...

ELISA

Es que está impaciente porque nos casemos.

MARINA

Ten cuidado, Elisa, y no tengas tanta confianza en ti misma.

ELISA

No sé en quién puedo confiar entonces, señora.

MARINA

Malhumorada.

También tú te estás aficionando demasiado a responder sin necesidad. Ya sabéis que no me gustan las discusiones.

ELISA

Yo no discuto, señora...

MARINA

¡Bueno, basta! Está visto que ya no hay modo de que a una la respete nadie. No pierdas el tiempo y date prisa en preparar la mesa como es debido, a ver si una vez lo haces bien sin que yo tenga que estar en todos los detalles.

Como hablando para sí al volver al centro de la escena.

¡Dios mío, qué criados los de ahora!

Desaparece Elisa haciendo con la cabeza un gesto de insolencia.

Se sienta doña Marina en una de las sillas de mimbre. Murmura en voz baja algo que no se oye. Pausa. Entran en escena don Manuel y Octavio.

ESCENA VIII

MARINA, MANUEL y OCTAVIO; luego, BASILIO

MANUEL

Distracción, mucha distracción. ¿Te gusta cazar, remar? Cualquier ejercicio físico. El caso es salir de ti mismo, fatigarte y olvidarte. No hay lesión; sólo un poco de fatiga nerviosa.

MARINA

¿Verdad que yo estaba en lo cierto, que no tiene nada de importancia?

OCTAVIO

Sarcástico.

Espera, madre, a que te hable a solas don Manuel, pues claro está que un hombre de mundo y delicado como él no va a decirle al enfermo brutalmente la verdad. Eso queda para algunos médicos jóvenes educados en Alemania...

MANUEL

¿Y quién sabe, mi joven amigo, dónde está la verdad médica?

OCTAVIO

Nada más cierto. Parece un hecho general que cuanto más se adelanta en Medicina, sólo se sabe que cada vez se sabe menos.

MANUEL

Así es. Pero como decía un sabio amigo mío, profesor en Medicina, sólo los médicos saben el alcance de ese algo que es saber que no se sabe nada.

OCTAVIO

Inclinándose humorísticamente.

Buen botonazo, don Manuel.

MARINA

Para que todavía te obceques en esos librotes que no puedes entender.

Entra Basilio.

BASILIO

Ceñudo.

Que está bien, señora, y que don Rodrigo vendrá al caer de la tarde.

MARINA

Tira algo de fruta para los postres.

OCTAVIO

Yo te acompañaré, Basilio.

Irónico.

Así empezaré a hacer los ejercicios antiespirituales que me recomienda don Manuel.

MANUEL

Tampoco está mal esa flecha envenenada. Parodiaré al clásico: «Hiere... pero obedece.»

Inclinación de cabeza de Octavio. Sale con Basilio. Durante la escena siguiente, y poco después de comenzada, se ve asomar de vez en cuando la cabeza de Basilio por detrás de la casa, en actitud de quien escucha.

ESCENA IX

MARINA y MANUEL

MARINA

Con ansia.

Dígame, don Manuel...

MANUEL

Pausada, reflexivamente, bajando la voz.

Es un caso difícil...

MARINA

Inquieta.

¿Algo serio?

MANUEL

No actualmente todavía, pero sí en potencia. No hay lesión perceptible, pero encuentro al muchacho muy quebrantado, con pocas defensas...

MARINA

¿Qué de extraño tiene? No duerme, se resiste a comer, a moverse...

MANUEL

Eso es lo malo. Toda su voluntad se ha concentrado en oponerse a la ajena, negándose a hacer ningún esfuerzo por salvarse. Es algo así como un fatalista que se suicida lentamente; que se quiere morir cuanto antes porque cree que se tiene que morir pronto.

MARINA

Pero la ciencia no puede declararse impotente...

MANUEL

¡Pobre ciencia!

MARINA

Sin embargo, usted, don Manuel, ¿no podría convencer a mi hijo de que el temor de haber heredado un mal incurable no tiene fundamento?

MANUEL

Lo he intentado; pero—debo confesarlo con vergüenza—sin ningún éxito. Y es que no sé lo que hay de verdad en todo eso. He conocido casos indiscutibles de herencia patológica, y otros en que de padres que eran una verdadera ruina, han salido hijos fortísimos. ¡Quién sabe a qué leyes obedece la burlona, la misteriosa, la impenetrable naturaleza!

MARINA

Pero una piadosa mentira...

MANUEL

No temo la mentira. Es más: tan mal organizado

está el mundo, que sólo mintiéndonos unos a otros podemos vivir en sociedad. En rigor, la mentira o ilusión de la verdad ha sido siempre la mejor receta con mis enfermos. Cuando los veo decaídos, con desfallecimientos de muerte, lo primero que hago es inyectarles un poco de voluntad de vivir, convencerles de que no es verdad que estén enfermos y de que sólo viven los que quieren.

MARINA

¡Eso, eso es lo que le conviene a mi hijo!

MANUEL

Yo mismo llego a engañarme cuando les miento y me sugestiono con mi propia mentira.

MARINA

¡Por Dios, don Manuel, hágalo con mi hijo!

MANUEL

Sombrío.

Pero hay casos en que no puedo sugestionarme y entonces miento sin entusiasmo, sin convicción. Esto me ocurre ahora. Si no hubiera conocido a Pablo, si no supiera que su cuerpo era un cadáver viviente... ¡Siempre me pareció un crimen su casamiento, Marina! Permítame esta franqueza.

MARINA

Bien sabe usted que yo no fuí sino un juguete del destino. Puede decirse que me vendieron mis padres aunque sin darse cuenta los pobres de lo que hacían Ni yo me la di de momento.

MANUEL

Acercándose a ella.

Lo sé; lo supe entonces. Para mí no tiene secretos la pobreza y la ignorancia, casi siempre buenas aliadas. ¿Se acuerda usted? Yo era entonces joven, sano, entusiasta. Yo veía el estrago de tal matrimonio para usted y su descendencia. Una noche, recién casados ustedes, en que quedamos un momento solos, yo le hablé a usted de estos crímenes legales que son las uniones entre personas de edad y salud tan dispares; le hablé también de los derechos de la vida, del deber de dar al mundo descendientes bien constituídos de cuerpo y conciencia. ¿Se acuerda usted, Marina? Entonces, tanto como el hombre mozo, prendado de su hermosura e inteligencia natural, le hablaba a usted el médico, que no sólo tiene la obligación de curar, sino de prevenir... Llevado de la exaltación profesional y de la simpatía que me inspiraba su espléndida juventud, recuerdo que casi llegué a aconsejarla—¡audacias de los pocos años!—que no consintiera usted consumar lo que yo entonces calificaba, irrespetuosamente, de compraventa; que no mezclara usted el oro de su mocedad a la escoria que le habían deparado las circunstancias; que no dejara usted hundirse su vida bajo el peso muerto del destino... ¿Recuerda usted?

MARINA

Hace usted mal en resucitar esos fantasmas...

MANUEL

Nunca lo he hecho hasta hoy; jamás volveré a hacerlo. Pero si entonces, si además de darme la razón hubiera sido usted valerosa, acaso hoy Octavio, su hijo, nuestro...

MARINA

Interrumpiéndole rápidamente.

Decía usted que no le ha sido posible convencerle...

MANUEL

Reponiéndose y recobrando su habitual compostura.

He fracasado por completo, como siempre cuando tengo el mayor interés...

MARINA

Me habló usted antes de un remedio heroico...

MANUEL

Moviendo la cabeza.

¡Jem!...

MARINA

Ya le he dicho que todo sacrificio me parecería poco.

MANUEL

Bajando más la voz.

Hay un sacrificio que acaso le parezca demasiado...

MARINA

Ansiosamente.

¡Dígamelo!

MANUEL

Vacilando.

No sé si debo... Hay ideas del honor...

MARINA

¿El honor?

MANUEL

Hay una mentira que podría salvar a su hijo, una mentira que podría romper el hechizo con que le encadena el recuerdo del muerto, de su padre...

MARINA

¿Una mentira?

MANUEL

Todo depende de qué estime usted en más: su honor o la vida de su hijo...

MARINA

No comprendo...

MANUEL

Perdóneme de antemano si la ofendo; pero si me autoriza a hablar...

MARINA

Diga todo lo que quiera.

MANUEL

Pues bien: ya que Octavio se cree sentenciado a temprana muerte por ser hijo de Pablo, de aquella ruina física que fué su marido, Marina, miéntale usted...

MARINA

¿Yo?... ¿Cómo? ¡Hable!...

MANUEL

Después de una pausa, vacilando.

Pues bien: dígale que no es hijo suyo, sino de otro hombre, ya muerto o ausente, de otro hombre cualquiera...

MARINA

Haciendo esfuerzos por indignarse.

Pero es una indignidad lo que usted me propone...

MANUEL

Bien sabía que el remedio iba a parecerle demasiado heroico, a escandalizarla. ¿No se lo dije? ¿No le pedí permiso?

MARINA

Confusa.

Nunca pude imaginarme semejante cosa. ¡Presentarme a mi hijo como una!...

MANUEL

Creo firmemente que es el único remedio eficaz. Piense que se trata de la vida de su hijo.

MARINA

Cubriéndose la cara con las manos.

¡Dios mío, es terrible, terrible!

MANUEL

No más que la pérdida de un hijo.

ESCENA X

Vuelven Octavio y Basilio con una cesta de fruta.

OCTAVIO

No se quejará usted, don Manuel. Yo mismo he subido a los árboles, con lo cual he tomado la primera dosis de ejercicio que me ha recetado usted. No dirá que rechazo los remedios heroicos...

Sale Elisa de la casa.

ELISA

¿Sirvo la comida, señora?

MANUEL

Ambiguo.

No es ese el único remedio heroico que hace falta...

MARINA

A Elisa.

Puedes servir la mesa. Vamos ahora a comer.

Todos se dirigen a la casa.

MANUEL

Lentamente.

¿Verdad, mi señora doña Marina?

Entran.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

BASILIO y JEREMÍAS

Una sala amueblada con sencillez y buen gusto. En una silla, abierto, se ve el maletín de Manuel del Valle. Al fondo, una ventana muy grande y baja, por la cual se ve parte del jardín y la puerta de entrada; en la lejanía, sensación del mar. A la derecha, en segundo término, una puerta que comunica con el comedor; otra puerta en primer término. A la izquierda, otra ventana más pequeña, que da también al jardín. Al levantarse el telón está la escena vacía. Suena la campanilla del jardín, y a poco entra y se acerca al marco de la ventana Jeremías, conocido también por El Profeta. Es un vagabundo local, llamado así por su voz lamentosa, su tono misterioso y su propensión a los augurios fatídicos. Viene andrajoso y claudicante en fuerza de años y de vino; trae una escudilla en la mano izquierda, un cayado en la derecha. Al son de la campanilla de la puerta ha salido Basilio por la puerta de la izquierda.

BASILIO

¿Qué mala peste te trae por aquí, viejo ladrón?

JEREMÍAS

Señalando a la perrera invisible, hacia la izquierda, con desconfianza.

¿Está atado?

BASILIO

¡Suelto debiera dejarlo para que te hiciera picadillo!

JEREMÍAS

No seas desalmado, que bien pudieras encontrarte un día peor que yo; mayores torres han visto caerse estos ojos que pronto se comerá la tierra... Dame algunas sobras.

BASILIO

¡Veneno debiera darte a ver si reventabas de una vez y nos dejabas en paz con tus agüeros!

JEREMÍAS

Nunca he venido mucho a esta casa, que no me han querido en ella, ni tampoco he de venir mucho en adelante, que pronto habrá cambiado todo esto: justo este amanecer vi sobre el ala de este tejado un buho...

BASILIO

Vamos, Profeta, déjate de chocheces y lárgate con viento fresco. Hoy no ha sobrado nada.

JEREMÍAS

¡Hoy más que nunca, corazón de roca! Don Manuel del Valle tiene todavía tan buen diente como hace veinte años cuando venía de la capital a sanar alguna enferma mientras el marido andaba por las ferias de la otoñada.

Con sorna.

Las mujeres ponían mucha fe en él...

BASILIO

¡Malhablado!

JEREMÍAS

Siguiendo el hilo de su discurso.

Él sí tiene tan buen diente como entonces, pero a doña Marina y al fantasma de su rapaz no se les habrá empachado hoy la comida; las cavilaciones no se llevan bien con el apetito.

BASILIO

¡Mala lengua!

Sale Elisa por la puerta del primer término.

ESCENA II

DICHOS y ELISA

JEREMÍAS

¡A ver tú, buena moza, si tienes mejor corazón que este mal hombre de tu novio! Dame las sobras.

ELISA

Cogiendo la escudilla.

¿Y no le da vergüenza vivir siempre de caridad? ¿Por qué no trabaja? Morirá como un perro.

JEREMÍAS

Como lo que he sido toda mi vida. ¿Y crees tú, mozuela, que no he trabajado, que no trabajo para vivir libre como el pájaro y como el lobo? Yo pude haberme hecho un pasar en América como cualquier hijo de madre; no me faltaban luces ni letras; bien sabéis que soy el hombre más entendido del valle; mucho más que el señor cura, el alcalde y el maestro juntos. Pero no me tenía cuenta perder lo mejor de la vida y llegar a la muerte con ahorros para un entierro de primera. Tampoco quise trabajar para los demás. Creedme, muchachos, que lo mejor es no ser esclavo de nadie ni de nada, ni de la riqueza ni del trabajo. Un vaso de vino, un mendrugo y un pajar para dormir, ¿qué más puede apetecerse?

ELISA

Sobre todo, el vino. ¡Jesús, qué hombre! ¡Y qué cosas inventa para explicar su haraganería!

Se aleja con la escudilla.

JEREMÍAS

No te olvides de un trago de tinto, preciosa.

BASILIO

¿Y dices que estuviste en América?

JEREMÍAS

Hace muchos años. Fuí con Pablo Calderón, el que más tarde casó con Marina. Luego mandó allá a Rodrigo Solana, ése que ha vuelto este mediodía. No me ha reconocido al cruzarnos; pero yo bien me acuerdo de él. ¡Si yo quisiera hablar! ¡Las cosas que yo sé, muchacho!

BASILIO

Cuenta, cuenta, viejo embustero.

Se sienta en el alféizar de la ventana.

JEREMÍAS

¡Chis! Yo nunca cuento nada. Sólo adivino el porvenir... porque conozco el pasado. Pronto habrá aquí grandes cambios. ¡Alerta, muchacho!

BASILIO

¡Pura charlatanería! Voy a tener que soltar el perro...

Hace ademán de saltar la ventana.

JEREMÍAS

Un minuto, espera. Ahí viene la moza.

Llega Elisa con la escudilla llena y una botella de vino.

¡Dios te lo pague, hermosa!

Mira la botella llena hasta la mitad y hace un chasquido de contento con la lengua.

ELISA

¿No tiene el tanque? No se lleve la botella.

JEREMÍAS

El tanque me lo robaron los galopines del lugar; pero yo te devolveré la botella, princesa. No te apures.

Coge botella y escudilla y se dirige hacia la puerta del huerto. Se vuelve antes de salir.

¡Si yo hablara, mocosos!

ELISA

Me da miedo este hombre.

BASILIO

¡Bah! No es mas que un charlatán.

ELISA

Pero sabe muchas historias y ha adivinado el porvenir de muchos.

BASILIO

Tantas inventa, que alguna ha de acertar.

ELISA

Acuérdate de cuando le dijo a Toñón en la taberna: «Quien con fuego juega, quemándose acaba.» No pasaron quince días cuando el Rojo le mató de un tiro al verle entrar por la ventana de su casa a media noche.

BASILIO

Todo el mundo sabía las relaciones de Toñón con con la Roja: de modo que no hacía falta ser hechicero para adivinar lo que iba a suceder. Siempre fué Toñón poco prudente.

ELISA

Dirás lo que quieras; pero El Profeta conoce todas las vidas del pueblo.

BASILIO

Como que no ha hecho otra cosa que andar a caza de chismes y cuentos. De eso se vale para que le tengan caridad, no por lástima. Le temen. La misma doña Marina no quiere que entre en la casa, aunque no le niegue limosna. Si sabe que ha estado aquí dentro va a tener un disgusto.

ELISA

¿Y qué puede saber del ama? Sólo alguna habladuría...

BASILIO

No sé qué pensar de lo que hoy ocurre aquí. Viene don Manuel del Valle; no quiere Octavio que le reconozca; luego hablan en secreto ahí, en el jardín, el médico y la señora; antes doña Marina me pregunta por el indiano Rodrigo Solana y se enfada porque le digo que no es ya joven, ni buen mozo, ni viene hecho un brazo de mar. ¿Qué culpa tendré yo? En fin, que no comprendo.

ELISA

Pues la comida parecía un entierro. El señorito no ha abierto la boca ni para hablar ni para comer. El ama apenas ha dicho nada ni ha levantado la cabeza del plato. No ha hablado más que don Manuel, y aunque contaba historias y más historias, los otros no se reían mas que por el qué dirán. Sólo una vez les hizo verdadera gracia. Yo te confieso que me sacó los colores a la cara. Buen viejo pícaro debe ser ese don Manuel... Figúrate que les cuenta cómo un marido mató a su mujer y a un amigo que ésta tenía una vez que les sorpredió juntos.

BASILIO

Pues hizo muy bien. Yo hubiera hecho lo mismo, Elisa.

ELISA

Nadie te pregunta ahora lo que tú harías, ni viene a cuento saberlo. Déjame seguir. Pues el buen hombre, después de asesinarlos, se marchó huyendo de la justicia muy lejos, muy lejos, no sé a qué país dijo, me parece que a una isla perdida en no sé qué mares. En la isla había unos salvajes muy raros que,

al llegar nuestro hombre, le ofrecieron uno tras otro sus mujeres. La costumbre le pareció de perlas. Luego, como era blanco, y los salvajes creían que tenía algo de Dios, el rey le dió su hija en matrimonio. Pero algún tiempo después llegaron a la isla otros extranjeros, vuelta a recibirlos bien y a hacerles regalos y ofrecerles sus mujeres. Sólo nuestro hombre se negó a ello, diciendo que sus ideas no se lo permitían. «¿Tus ideas?—le preguntó el rey, su suegro—. ¿De modo que tus ideas no te impiden aceptar la mujer ajena y sí ofrecer la propia? Eso es una canallada que merece ejemplar castigo.» Y mandó que le degollaran, y después se lo comieron. Luego dijo don Manuel que las ideas de la honra cambian mucho según la costumbre de los países...

BASILIO

¡Buen deslenguado está ese viejo verde y qué cosas se le ocurre contar delante de mujeres! Pero ya veo que te gustó el cuento, pues lo oíste hasta el final.

ELISA

¿Qué iba a hacer si estaba con la fuente en la mano sirviendo? Ya te he dicho que me salieron los colores a la cara.

Sale Octavio por la puerta del segundo término.

ESCENA III

DICHOS y OCTAVIO

OCTAVIO

Acercándose.

Mucho paliqueáis hoy. ¿No oyes tú, Elisa, que te llama mi madre?

ELISA

Voy.

Entra en la casa.

OCTAVIO

A Basilio, ansiosamente.

¿Pudiste oír algo de lo que hablaron mi madre y el médico?

BASILIO

Casi nada. Hablaron en voz muy baja.

OCTAVIO

Excitado.

No me engañes, Basilio; dime todo lo que oíste.

BASILIO

Me pareció oír al médico que no había peligro todavía, pero que tienes que cuidarte.

OCTAVIO

Esas son ridículas generalidades que no dice un médico en confianza. Dime la verdad, toda la verdad, Basilio. ¿No dijo el nombre, algún nombre raro acaso de una enfermedad?

BASILIO

Yo no oí ninguno.

OCTAVIO

Eres un estúpido, Basilio; no se te puede encargar nada. ¡Qué cobarde soy! ¿Por qué no escuché yo en vez de confiárselo a este idiota?

BASILIO

Dominando la ira.

¡Octavio!...

OCTAVIO

¿Qué? ¿Te ofendo? ¡Pues pégame, mátame y así acabaré de sufrir!

Se sienta postrado. Pausa. Cambia de tono.

¡Perdóname, Basilio! No sé lo que digo. Concluiré enloqueciendo. ¡Perdóname!

Se levanta y se le acerca afectuoso.

¿Me perdonas?... Hablemos con calma. Seguramente tú oíste algo, algo, una palabra reveladora...

BASILIO

Al final creí entender que el médico le pedía a tu madre un sacrificio; pero entonces bajó más todavía la voz.

OCTAVIO

Vivamente interesado.

¿Un sacrificio? ¿Qué sacrificio? No puede ser de dinero, porque nos sobra para que cualquier gasto por mi causa sea sacrificio. Tampoco de reposo para mi madre, porque ella es la que quiere, no yo, que viajemos, que me distraiga. Sacrificio ¿de qué?... ¡Ah, ahora recuerdo!... ¿No te acuerdas tú, Basilio? Al decir yo, en broma, que no rechazaba los remedios heroicos—me refería al ejercicio de subir a los árboles—, don Manuel contestó, sí, lo recuerdo bien, que no era ese el único remedio heroico que hacía falta. Y agregó: «¿Verdad, mi señora doña Marina?»

BASILIO

Sí; lo recuerdo, y ahora me viene a la memoria que también hablaron de un remedio heroico; pero no pude oír mas. Sólo creí notar que tu madre protestaba.

OCTAVIO

Con excitación que ha ido creciendo.

¿Qué remedio heroico? ¿De qué protestaba mi madre?

Salen doña Marina y don Manuel del comedor. Les sigue Elisa con una botella y copas. Se retira Basilio.

ESCENA IV

MARINA, DON MANUEL, OCTAVIO y ELISA

MARINA

Otra copita, don Manuel; todavía es demasiado temprano para que usted nos abandone. Los días de calma, esta habitación, frente al mar, es la mejor de la casa para reposar la comida.

MANUEL

Tengo varias visitas que hacer, y no han de perdonarme el retraso los amigos y parientes que me esperan; pero sus licores y su compañía, mi señora doña Marina, embriagan a cual más, y bajo sus efectos se olvida uno de todo sentimiento de responsabilidad. Este coñac es un verdadero néctar.

MARINA

Lleva en la bodega no sé cuántos años. Era el predilecto del pobre Pablo.

MANUEL

En materias de beber, Pablo era un maestro. ¡A su salud en la otra vida!

Bebe la copa que le ha servido Elisa, Está un poco ebrio.

MARINA

A Elisa, que se dispone a llenar la otra copa.

No; para mí no.

OCTAVIO

Sírvemela a mí.

Se la sirve y la bebe de un trago.

Más.

Escancia Elisa. Luego se retira.

MARINA

¡Basta, Octavio! Ya bebiste dos copas en la mesa. Te va hacer daño.

OCTAVIO

Más peligrosa que el alcohol es el agua. ¿Verdad, don Manuel? Ya ha empezado la pequeña epidemia de tifus de todos los otoños. ¡Oh, las aguas puras de los pueblos!

MANUEL

¡Chócala, amigo!

Le da la mano.

Tu curación comienza bien. Un poco de alcohol es el mejor remedio del mundo, sobre todo cuando hay que olvidar o distraerse, como tú necesitas.

MARINA

¡Por Dios, don Manuel, que le va a pervertir usted con sus malos consejos!

OCTAVIO

Hoy tengo deseos de embriagarme, de ser otro del que soy. Presiento que me hacen falta muchas fuerzas, aunque sean artificiales; pero no sé para qué. ¡A su salud, doctor!

Beben los dos después de chocar las copas. Prosigue Octavio con locuacidad.

Por cierto que me hizo mucha gracia su cuento del vengador de su honra que huyó a una isla de la Polinesia y allí se lo comieron a su vez, por un puntillo también de honor, sólo que a la inversa. ¡Tiene miga la historieta!... Pero ahora recuerdo que el perro no ha comido aún; voy a atenderle. ¡Hasta luego, doctor! ¿Le veremos por aquí antes de su regreso esta noche? Debiera quedarse a dormir en el pueblo.

MANUEL

He de marcharme hoy, pero volveré a despedirme.

Se va Octavio por la primera puerta.

ESCENA V

MARINA y MANUEL

MARINA

Me da miedo, don Manuel, que el chico se aficione a la bebida; no sé si he hecho bien en dejarle que bebiera tanto.

MANUEL

No se preocupe, Marina. Que se distraiga, que salga de su pesadilla. Pero vuelvo a mi consejo: una mentira piadosa puede curarle como por ensalmo. No hay más que una verdad indiscutible: el dolor; ni más que un deber absoluto: el de evitarlo. Todo lo demás son fantasmas de la mente, quimeras de la razón. No creo en más farmacopea que la sugestión, el engaño piadoso. Nuestras verdades y las ideas que creemos eternas cambian de un día a otro y de un meridiano a otro. ¿Piensa usted que soy un cínico? Quizás; pero sobre todo soy un hombre de corazón, para quien sólo hay vidas sanas y vidas enfermas. Todos llevamos el cuerpo y el cerebro cargados de muertos, de escoria del pasado, de fatales herencias del destino: ideas rancias, leyes caducas, sentimientos impuestos, salud precaria, ligaduras forzosas. De vez en cuando la Humanidad se olvida

de los fines para que ha nacido, y en fuerza de temer a los enemigos de la vida, la enfermedad, la rutina, la miseria y la muerte, se alía a ellos sin darse cuenta. Así ocurre, por ejemplo, con muchos de los matrimonios llamados de conveniencia, a que se acogen hombres y mujeres, o por codicia o por miedo a la lucha o por menosprecio de las leyes naturales, y es claro, la vida se venga de los que le son traidores, devolviéndoles tristezas y sufrimientos mucho más agudos que aquéllos de que querían huir. Casi todo el mundo vive atado a algún cadáver. Así ocurrió, Marina, permítame que repita esta franqueza, con usted y Pablo: él temía la soledad de la vejez y usted y sus padres la pobreza, y él murió, lo sé bien, en la más espantosa soledad, que es la de dos en compañía de que habló el poeta; y usted es hoy pobre en venturas, aunque rica en bienes; todavía lleva a cuestas la carga del muerto que le tocó por esposo.

MARINA

Es usted cruel. No merezco, ciertamente, tales reproches. Ya le dije antes, y usted lo sabe bien, que no fuí yo, sino mi familia...

MANUEL

Exaltándose gradualmente.

Lo sé, Marina, y no le hago ningún reproche; recuerdo un hecho sin juzgarlo conforme a una moral, sino interpretándolo según las inflexibles leyes de la vida. Su matrimonio fué una traición a su juventud y a sus ilusiones, y ahí están los resultados: un mozo enfermo de la sospecha de llevar en sus venas el castigo a la mentira de sus padres. ¿Y vacila usted ahora en salvarle con otra mentira, en librarle de las

ataduras de su padre muerto? La primera fué obra de un egoísmo torpe y mal calculado; la de ahora la dictaría el altruísmo, la piedad, el amor en su forma más desinteresada y generosa, que es el amor de madre. La primera fué una violación de la naturaleza; la segunda es un deber vital, o, si usted lo prefiere, un deber moral; para mí son lo mismo.

MARINA

Levantándose.

Me da usted miedo, Manuel. Jamás me habló nadie así, y no sé si hemos ido un poco lejos...

MANUEL

Recobrándose.

¡Perdón, Marina! Tiene usted razón. Me he excitado sin darme cuenta y he ido yo, no usted, demasiado lejos. Nada me autorizaba a hablarle así. Pero

Bromeando.

hágame el favor, mi señora doña Marina, de asignar el tanto de culpa correspondiente a este endemoniado coñac con que se ha servido obsequiarme. También eche usted otro poco de culpa al gran afecto que les tengo; a usted... porque aun no está del todo fría la ceniza que queda de antiguos rescoldos, y al muchacho... por ser su hijo y, por lo tanto, algo mío también. No sé si sigo diciendo impertinencias...

MARINA

¡Por Dios, Manuel!; esa palabra no tiene sitio en el diccionario de nuestra vieja amistad...

MANUEL

Disponiéndose a marcharse.

¡Gracias, Marina, por todo!: por su hospitalidad y por su tolerancia. Pero por su coñac sólo le doy las gracias a medias, pues me ha producido a un tiempo el placer de sus inefables delicias y el dolor de sus imperdonables indiscreciones...

MARINA

Haciendo ademán de taparle la boca con la mano.

No se hable más de eso, Manuel.

Un instante pensativa.

Después de todo, es probable que tenga usted razón.

MANUEL

Sin comprender.

¿En qué?

MARINA

En que es necesario acabar de deshacerse de los muertos.

Pausa.

Entonces le hemos de ver todavía esta tarde...

MANUEL

Sí; vendré antes de la hora del tren. Hasta luego, Marina.

Sale de la habitación por la derecha, y momentos después se le ve dirigirse a la puerta del jardín, tambaleándose ligeramente. Se vuelve desde la puerta para saludar con el sombrero.

Viene Elisa a recoger botellas y copas.

ESCENA VI

MARINA y ELISA

MARINA

¿Quién estuvo aquí mientras comimos? Oí voces.

ELISA

Ese pordiosero a quien llaman Jeremías.

MARINA

¿Le socorristeis?

ELISA

Le di una escudilla de sobras.

MARINA

Hacía tiempo que no pasaba por aquí. Lo creí enfermo o muerto. ¡Lástima de hombre! Listo e ilustrado como pocos. Pero el vino le impidió hacer carrera. Anduvo por América con mi difunto marido y con ese indiano Rodrigo Solana, que ha llegado hoy... ¿No dijo nada de él?

ELISA

No, que yo sepa.

MARINA

Es muy maldiciente cuando está bebido. No hay que maltratarle, que harto tiene el pobre con su desgracia; pero tampoco hay que darle mucha confianza... No sé qué le traerá por aquí. Como el buitre ventea la carroña, él olfatea también cualquier cosa que va a suceder, buena o desagradable. Si vuelve, me avisáis.

ELISA

Así se hará.

Se retira con el servicio.

Pasa Octavio por delante de la ventana llevando comida al perro, y se le oye decir: *¡Noble, Noble!,* y otras palabras ininteligibles.

ESCENA VII

MARINA y OCTAVIO

MARINA

Sentada junto a la ventana.

¡Octavio!

OCTAVIO

Voy.

Se acerca a la ventana.

MARINA

Bebiste demasiado. Espero que otra vez no se repita.

OCTAVIO

No hay que exagerar, mamá. Ya no soy un niño. Además hoy tenía deseos de excitarme, de sentirme otro.

MARINA

Intranquila.

¿Por qué? Me inquietas, Octavio... ¿Por qué no entras?

OCTAVIO

Saltando la ventana al interior.

No sé. Hoy estoy más nervioso que nunca. Ya lo ves. La visita del médico me ha hecho más daño que bien.

MARINA

Pues debiera ser lo contrario, porque nada importante ha encontrado en ti. Sólo un poco de fatiga nerviosa...

OCTAVIO

Irónico.

Y, sin embargo, hay que aplicar remedios heroicos...

MARINA

Alarmada.

¡Cómo! ¿Escuchaste?...

OCTAVIO

No; yo, no. Me refiero a una frase de don Manuel cuando íbamos a almorzar: «No es ése el único remedio heroico que hace falta. ¿Verdad, mi señora doña Marina?»... ¿Por qué temes que hubiera escuchado vuestra conversación?

MARINA

Más tranquila, pero confusa.

¿Qué he de temer? Tus recelos te hacen ver visiones y oír fantasías... Cuando don Manuel dijo lo de los remedios heroicos se refería a otra cosa...

Vacilante.

a viajar por el extranjero, a distraerte por todos los medios, incluso los más licenciosos, los que más aterran y disgustan a una madre honrada... Ya ves: hasta me ha hablado de la conveniencia de que tengas una, ¿cómo lo diré?... sí, eso es, una de esas novias fáciles...

OCTAVIO

No sigas, mamá. Me da pena verte esforzándote en hablar de cosas que te repugnan. Y todo ello por querer engañarme con la mejor intención, por querer procurarme distracción a mi terrible angustia.

Exaltado.

Me engañáis todos, pero sólo a medias, porque mienten las bocas y dicen verdad los ojos. Oigo el falso optimismo de vuestras palabras y veo el sincero dolor de vuestras miradas... Acabaréis haciendo que enloquezca. Ya hay momentos en que soy otro, en que mi razón desvaría y en que quisiera librarme de mí mismo, es decir, del muerto que llevo dentro. Y cuando vuelvo en mí me aterro pensando en lo que pudiera hacer en uno de esos instantes de extravío...

Con creciente exaltación.

No; no temas que cometa ninguna locura estando en uso de mi razón; temo demasiado la muerte para irla a buscar conscientemente. Pero me asusta un minuto de demencia pasajera o una hora de embriaguez, en un día como éste, en que el alcohol me atrae como una fuerza misteriosa...

MARINA

Aproximándose y acariciándole, después de sentarle en una silla.

Tú deliras, Octavio. ¡Cálmate, cálmate! ¿No ves

que estoy aquí yo, tu madre, para protegerte, para librarte de tus malos pensamientos? Son fantasmas de tu imaginación como los que te despertaban cuando eras niño...

OCTAVIO

Pero ¿por qué no me dices la verdad? ¿Por qué?... ¿Verdad que no duraré mucho?...

MARINA

Vacila. Pausa larga. Haciendo un enorme esfuerzo moral.

¿Quieres que te diga la verdad, toda la verdad?

OCTAVIO

Sí, sí, madre. Menos sufre el condenado a muerte que no espera indulto, que el que lo espera. La certidumbre absoluta es la paz del ánimo, la resignación, la fortaleza ante lo inevitable. Lo peor de todo es la duda...

MARINA

Pero júrame, Octavio: ¿me perdonarás si te digo la verdad, toda la verdad? ¿No me aborrecerás luego?

OCTAVIO

¿Y me lo preguntas, madre? ¿Yo aborrecerte? Ahora eres tú la que se ha vuelto loca...

MARINA

Cubriéndose el rostro con las manos.

¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué voy a hacer?

OCTAVIO

Temeroso.

Mira, madre, si te violenta lo que vas a decir... No; yo no quiero obligarte... Si la verdad es tan cruel que...

MARINA

Resuelta, con un gesto enérgico.

No; es preciso que esto acabe hoy. He luchado mucho tiempo conmigo misma. Siempre me ha faltado valor. Quería hablar y lo aplazaba de un día para otro, de un mes para el siguiente, de un año para el venidero. Me animaba mi conciencia y me acobardaba la tuya. Me sentía despreciable callando y temía tu desprecio si hablaba. ¡Cuánto he sufrido! Pero no pasa de hoy, de este momento... ¡Tu vida sobre todo!

OCTAVIO

Débilmente.

Habla, madre...

MARINA

Pues bien, Octavio: disipa tus temores, recobra tu sosiego, vuelva la alegría y el contento de vivir a tu corazón...

OCTAVIO

Ansioso.

¡Di ya, madre!...

MARINA

Bajando la cabeza.

Tu padre, Octavio, no es Pablo Calderón, mi marido.

OCTAVIO

Ríe estruendosamente y se revuelve en la silla. Tarda un rato en poder hablar. Su madre le mira con extrañeza e inquietud.

¿De modo que ese es el remedio heroico que te aconsejaba el médico? ¿Ese el gran sacrificio que te pedía cuando os quedasteis a solas?

MARINA

Con enfado.

Tú escuchaste. No lo puedes negar...

OCTAVIO

Cínico.

No fuí yo, sino Basilio, por encargo mío. Me temía una patraña de ese género. No me engañaba...

MARINA

Con vehemencia.

¡Pues sí te engañabas y te engañas! Lo que he dicho es verdad, una verdad que, por un capricho de las cosas, coincide con la piadosa mentira que me aconsejó el médico y que ha sido el impulso definitivo para decidirme a hablar. Oyeme y me dirás si miento o no.

OCTAVIO

Escéptico.

Escucho, madre...

Suena la campanilla de la puerta del jardín y entra Jeremías con una botella en la mano. Viene tambaleándose.

ESCENA VIII

DICHOS y JEREMÍAS

MARINA

Volviéndose a él.

¿Deseabas algo?

JEREMÍAS

Esta botella... Prometí devolverla... vacía, se entiende, y aquí está.

MARINA

Bebes demasiado...

JEREMÍAS

Sí; bebo y vivo. No como otros que beben y no viven, o viven y no beben, o ni beben ni viven...

MARINA

Te creí enfermo. Tanto tiempo sin verte...

JEREMÍAS

Irónico.

Según voy para personaje, reduzco mis visitas y

mis amistades. ¿No hacen todos lo mismo? ¿No hizo lo mismo doña Marina cuando pasó de la pobreza al señorío?... Y ahí está Rodrigo Solana, mi antiguo amigo, que casi no quiere reconocerme. Ya no soy el compañero de mostrador de Buenos Aires, a quien en la noche, catre con catre, se confían los secretos del corazón...

MARINA

Ya te reconocerá y ayudará, hombre, que Solana es hombre de buenos sentimientos.

JEREMÍAS

Acaso con otra gente, pero tampoco. Todo es egoísmo y dureza de alma. Supe que llegaba y vine a ver si quería hacer una caridad a su viejo amigo. «Pero ¿eres tú?—me ha dicho al saludarle yo—. Muy bajo has caído—siguió diciéndome—. Si no me hablas no te reconozco.» ¡Que he caído muy bajo! ¡Adiós, príncipe! Dicen que ha hecho dinero, pero hay que verle cómo viene: un Matusalén. ¡Y eso que no pasará de los cincuenta! Ya tiene para tomar aguas y para que le hagan entierro de primera cuando espiche, que no tardará, mientras a mí me llevan en cuarta clase o en furgón de cola a dormir mi última borrachera. Esa es toda la diferencia. Para él habrá muchos curas; para mí apenas un monaguillo... ¿Y qué más da?

MARINA

No digas irreverencias, Jeremías, ni quieras tan mal a Solana, que es amigo nuestro y no tiene prisa por morirse...

JEREMÍAS

Sarcástico.

Perdone la señora. Me olvidaba de eso, de... su amistad, y de que Rodrigo no tiene prisa por irse al otro mundo.

Con sorna.

Acaso quiere casarse antes, ¿no?... ¡Buena cencerrada le espera!

OCTAVIO

Que ha estado silencioso, levantándose de pronto y gritando con gran violencia.

¡Vete ya, borracho; perro vagabundo!

JEREMÍAS

Retirándose hacia la puerta,

¡Dios perdone tu dureza de alma! Bien tienes a quien parecerte...

Se va.

ESCENA IX

DICHOS, menos JEREMÍAS

MARINA

¿Por qué le has despedido así? Es un desgraciado, digno de lástima.

OCTAVIO

Sí; pero había en sus palabras como un retintín, como un veneno, como una intención insultante que me llegó a lo más hondo. Además

Recobrando su tono irónico.

quería seguir oyendo la historia que empezabas a contarme, la historia del sacrificio, del remedio heroico...

MARINA

Recapacitando.

Como te iba diciendo...

Cierra la ventana.

OCTAVIO

Interrumpiéndola.

En serio, madre, yo admiro tu espíritu de sacrificio, que te obliga a ti, la más honrada de las mujeres, a in-

ventar una historia indigna para tranquilizarme. Pones tus sentimientos de madre por encima de tu honra. Te admiro; pero, francamente, no te creeré...

MARINA

¿Quieres sentarte y escucharme?

OCTAVIO

De nuevo en tono irónico.

Escucho, madre.

Se sienta.

MARINA

Tus abuelos, mis padres, eran muy pobres, como sabes. Yo era hija única, poca esperanza para su vejez. De un hijo se puede esperar algo; de una hija soltera, muy poca cosa; casada, pasa a ser propiedad del marido, perdida definitivamente para los padres. ¿Quién quiere cargas ajenas? El que más y el que menos, todo el mundo tiene cargas propias. Pero, además, casarse bien era difícil, casi imposible entonces. Los mejores mozos se habían ido a América; aquí sólo quedaban los más viciosos y haraganes. En esto volvió Pablo Calderón, rico de bolsa, arruinado de cuerpo. No es que fuera hombre de malas costumbres, como se cree por ahí, como te han contado a ti mismo, no. Había hecho ni más ni menos lo que todos los hombres, acaso menos que más, que siempre fué ordenado y poco gastador. Por beber, sólo le dió en sus últimos tiempos, por lo que pronto has de oír, y de ahí creyó la gente que ese vicio lo arrastraba de antiguo. Volvía decrépito por la vida azarosa de aquellos países; fué rico tres o cuatro veces y se arruinó otras tantas; la última que logró fortuna, se apresuró

a venir a España, a dormir para siempre a la sombra de esa iglesia, como él decía. Era propiamente un cadáver, con el corazón deshecho por tantos años de aventura y zozobra, comido por una tuberculosis lenta, que fué la que le mató en definitiva. Pero era un cadáver con un frenético deseo de vivir, de agarrarse a algo joven y sano, como náufrago a una tabla. Se fijó en mí el desventurado y yo también desventurada. ¡Nunca lo hubiera hecho!

Pausa.

OCTAVIO

Que ha ido perdiendo su gesto escéptico e interesándose en la narración.

¡Sigue, madre, sigue!

MARINA

Me cortejó y en seguida habló con mis padres para pedirles mi mano. Ellos, los pobres, consintieron casi sin consultar conmigo. No les culpo. Tú conoces nuestras costumbres: los hijos no tienen más voluntad que la de los padres. Yo era una niña; apenas había cumplido diez y seis años. El porvenir era sombrío, el mío como el de los viejos; ya se veían ellos echándose a pedir por los caminos y yo yendo a servir en alguna capital. ¿Era esto justo? Mucho lo medité; largas noches de vigilia pasé pensándolo. Yo había sido su encanto, su ilusión, su mimo; mi madre me evitaba las faenas duras; mi padre no iba nunca a una feria sin traerme una baratija, una tela, un libro de cuentos, que siempre fuí aficionada a la lectura. Bien se lo censuraban los convecinos: «¡La estáis criando para señorita!»—les decían en tono de burla y reproche—. ¿Podía yo honradamente des-

perdiciar aquella ocasión que era para ellos una vejez asegurada? «Piénsalo bien, hija mía—me aconsejaban ellos sin obligarme—; le hemos dado a Pablo nuestra palabra, pero no te queremos hacer fuerza. Sólo queremos que lo pienses con calma y buen juicio, y que peses lo que puedes perder y ganar con el trato.» Yo andaba en un medio noviazgo, en amoríos casi infantiles con un mozo algo mayor que yo. Pero no había compromiso, ni apalabramiento, ni esperanza de cosa seria, y después de contarle lo que ocurría y el pro y el contra del asunto, y de deshacerme en un mar de lágrimas, y de pedirle perdón y casi licencia para casarme con el otro, les dije a mis padres que dispusieran de mí. Hubo gran júbilo; a Pablo le corría prisa el matrimonio y nos casamos sin tardanza.

Pausa, bajando la voz.

Fuí suya ante la ley de los hombres, pero no ante Dios.

Pausa.

OCTAVIO

Ansioso

No entiendo, madre...

MARINA

Cubriéndose el rostro con las manos.

¡Dios mío; tener que decirte esto a ti, a mi propio hijo! ¡Se me cae la cara de vergüenza!

OCTAVIO

¿Por qué, madre? Soy ya hombre; hazte cuenta que hablas con tu confesor, con un extraño...

MARINA

Eso se dice fácilmente; pero hay cosas qué se confesarían mejor en una plaza pública que a solas a un hijo.

Pausa, secándose los ojos.

Sin embargo, quiero ir hasta el final ya que he empezado.

OCTAVIO

Sí, madre; yo te lo ruego.

MARINA

Como dije, fuí de Pablo ante la ley de los hombres; pero no ante lo que yo tenía por ley de Dios. No es que yo supiera entonces lo que hacía; obraba sólo por instinto. No; no creas que hubo en mí el menor propósito de engaño. Yo no he podido mentir nunca. Cuando me casé, creí que me acostumbraría a mi marido. «Todo es cuestión de tiempo»—me decían mis padres cuando yo les confesaba mis escrúpulos—. «Ya te harás a él; a todo se hace una»—insistía mi madre—. Pero no fué posible. Yo sentía una invencible repugnancia por Pablo y nunca pude allanarme a lo que él llamaba sus derechos... Me censuraba mi razón y se oponía mi naturaleza. ¡Qué lucha la mía! Era bueno, cariñoso, me llenaba de atenciones y regalos; pero cuando se aproximaba a mí, todo mi ser se sublevaba, como si se acercara un apestado, mejor dicho, un muerto, sí, un muerto. Para mí era como un muerto; yo me sentía como la mujer de un cadáver, atada a él por lazos indisolubles. ¡Qué sufrimientos los míos entonces! Cuanto más me buscaba él, más huía yo, y cuanto más yo huía, más me buscaba, más me acorralaba él. ¡Qué tormento entre

verle sufrir y temerle! Se quejó a mis padres: «¿Para esto os he dado mi dinero? ¡Esto es una estafa!»—les dijo, insultante—. Ellos mediaron: «Tiene toda la razón. Eso no puede hacerse, no sabemos que nunca lo haya hecho nadie»—me recriminaron mis padres—. No—les dije—; he vendido por vosotros mi libertad; pero no puedo hacer otro tanto con mi cuerpo; no puedo, no puedo, aunque quisiera. Hay una fuerza superior a mi voluntad que me lo impide. ¡Antes que eso, la separación! Deshágase, como sea posible, el trato. «No; separarnos, no—contestaba Pablo, suavizándose—; eso nunca; todo se arreglará, hija mía; algún día te pondrás en razón...» Así pasaron dos años: él, esperando; yo, defendiéndome. Al cabo de ese tiempo me dijo una mañana: «¡Qué cruel eres, Marina! No me comprendes, no quieres comprenderme. Mi único deseo, entiéndelo bien, no eres tú, no; mi único deseo es tener un hijo tuyo de quien yo me sienta acompañado, querido en mi vejez. Eso es lo único que quiero, Marina...» ¡Y yo!—le repliqué—. ¡Yo también suspiro por un hijo; pero no tuyo, Pablo, no; pues creo que nacería muerto o que viviría toda la vida como un cadáver! ¡Quiero un hijo que ocupe mi tiempo y mi alma, que llene con algo mi vida. ¡Pero no tuyo, Pablo, no tuyo! «¡Aunque sea de otro!»—exclamó él en un arrebato, como demente—. ¡Aunque sea de otro!...» Más tarde me confesó que aquello había sido nada más que un ardid a ver si dándome aquella libertad, luego era yo condescendiente con él. Pero mentía, no quería, no, un hijo, sino a mí, sólo a mí. ¿Aunque sea de otro?—pregunté yo con extrañeza—. «¡Sí, sí, sí!»—contestó enloquecido—. Días después le dije que un mozo del lugar quería ir a Buenos Aires y que pedía su protección y dinero para el viaje. Le dió unas cartas y el importe del pasaje, sin decir palabra, mirándome sólo con grandes

ojos de sospecha. Quince días después se marchaba el muchacho, que no era otro que mi antiguo y único novio. Aquel fué el hombre señalado por mi instinto. Tú naciste a los nueve meses de su marcha, y aquel hombre se llama Rodrigo Solana, que ha vuelto hoy, a los veinticinco años de ausencia.

Pausa.

OCTAVIO

Con profundo embarazo.

¿Fué tuya la idea de mandarle a América?

MARINA

Mía sólo, sí. Era un amigo de la infancia, el primer hombre que despertó mis sentimientos de mujer, el que sin darme yo cuenta avivó mis primeros sueños de maternidad. «¡Qué hermoso debe ser un hijo suyo!» —me decía una voz confusa y misteriosa—. De ese pensamiento naciste tú, Octavio. Pero yo no buscaba en él mas que a ti. Por eso fué alejarle luego...

OCTAVIO

¿Y mi padre, quiero decir Pablo Calderón?

MARINA

Le informé de todo. Yo no he podido mentir nunca. Naciste tú, y cuando se convenció de que ni aun entonces podía yo vencer mi repugnancia—¡qué lucha la mía, Dios mío!—, se fué dando al alcohol, a la muerte que ya le tenía preso. Murió cuando tú tenías dos años. Lo que él sufrió es mi única pesadumbre.

Pausa.

OCTAVIO

Hasta aquí, ¿lo diré?, casi odiaba a ese hombre que creía mi padre. Ahora le compadezco...

MARINA

Y yo. Pero no pude obrar de otro modo. Algo muy profundo en mí, algo invencible, se rebelaba contra el hombre que me impuso el destino.

Pausa. En tono que quiere ser jocoso.

Y ahora, ¿qué tiene que decir mi enfermo? ¿Es embuste lo que le he contado? ¿No fué heroico mi remedio?

OCTAVIO

Perplejo, después de una pausa.

Sí, madre; me has quitado un gran peso de encima. Se van los fantasmas, como cuando llega la aurora. Sí; en mi vida amanece una nueva luz, después de una larga noche de tinieblas y pesadilla. Pero es una aurora cenicienta y triste... No sé lo que siento, madre. Tu confesión, tan inesperada, tan fuera de lo común, me deja confuso; no sé lo que pensar; no veo aún claro...

MARINA

Háblame con franqueza, Octavio.

OCTAVIO

No; no veo claro. ¿Quién soy? Llevo un nombre que no es el mío. Soy un hijo bastardo, un hijo natural...

MARINA

Eres mi hijo, Octavio. ¿Qué más quieres ser?

OCTAVIO

Soy un hijo bastardo que lleva el nombre de un esposo legítimo, que ha crecido y se ha educado a costa de un hombre que no era su padre y que, sin embargo, pasaba por tal ante el mundo...

MARINA

Tienes la manía de atormentarme. ¿No era tu salud, tu vida, lo primero?

OCTAVIO

Sin escucharla.

Y eso lo sabíais, no sólo tú y Rodrigo, sino mi padre, quiero decir, Pablo, y acaso también—y ahora recapacito—ese pordiosero de Jeremías, que anduvo con ellos por América, que es como estar expuestos siempre a que lo sepa todo el pueblo, todo el valle. ¡Pero esto es el vilipendio, madre; hemos vivido y vivimos en afrenta pública!

MARINA

Tienes el pensamiento lleno de serpientes que te devoran. Hasta hoy te atormentaba el temor a una muerte a destiempo, como fruto que cae sin madurar. Ahora es el fantasma de la deshonra...

OCTAVIO

Sigue sin oirla.

No; no comprendo cómo cuando murió Pablo

Calderón no vino Rodrigo Solana a casarse contigo o tú no fuiste a América a casarte con él... No comprendo ese desprecio por la sociedad, por el nombre y el porvenir de un hijo... ¿Cómo puedo ir a ninguna parte con la frente alta?...

MARINA

Solana esperaba hacer antes fortuna. Yo no podía ir a obligarle, aunque mucho le escribí para que viniera.

OCTAVIO

Sin escucharla.

¿Y por qué no separarse de un hombre a quien no se puede querer antes de ser de otro? Eso hubiera sido lo noble y lo valiente: la libertad franca, sin tapujos, a los ojos del mundo entero.

MARINA

Eso quise yo, pero se opuso Pablo y le secundaron mis padres.

OCTAVIO

Como si quisiera abstraerse de su pensamiento.

¿Decías?...

MARINA

Sollozando, convulsa de dolor.

¡Dios mío, me lo temía! Temía tu desprecio, que ahora toco... Sí; debí callarme y sufrir en silencio el desprecio de mi propia cobardía. Acaso no debí haberte engendrado, o quizás debí haberme sometido a

la ley de los hombres, y haber sido de aquel muerto que el destino, la miseria de mis padres y mi piedad filial me dieron por esposo... ¡Sí; tienes razón, soy despreciable, soy una baja mujer, una esposa sin decoro, una madre indigna!...

Arrojándose a sus pies.

¡Escúpeme, pisotéame, hijo mío!...

OCTAVIO

Como volviendo de su sueño, restregándose los ojos y levantándola.

¿Qué es esto? ¿Qué dices? ¿Tú indigna, yo pisotearte? ¡Levántate, madre, y perdóname! Ha sido una ofuscación... No sé lo que he dicho... Sí; ya recuerdo... Te hablé de mi nombre, de nuestra honra. Hablaba por mí la ley de los hombres, la que tú no pudiste cumplir, porque te lo impedía la ley de Dios, que es la ley de la vida, la ley suprema... ¡Perdóname, madre! Yo sólo quiero ser tu hijo, un hombre fuerte e independiente, sin fantasmas ni cadenas, no sólo un nombre, no sólo una etiqueta social. Fuiste piadosa con tus padres, leal contigo misma, celosísima de mi ser, sólo despiadada, a tu pesar, con un muerto en vida. ¡Eres la más santa de las mujeres, madre!

MARINA

En un sollozo.

¡Hijo mío!

Se abrazan.

TELÓN

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

OCTAVIO y BASILIO; luego, ELISA

La misma escena que en el primer acto. Atardece. Octavio sale de la casa al jardín cargado de libros, que deja sobre la mesa de piedra.

OCTAVIO

¡Basilio!

BASILIO

Apareciendo.

¿Querías algo?

OCTAVIO

Mostrando gran alegría.

Ven, Basilio. Quememos el pasado. ¿Ves estos libros? Los hay de todas clases: ciencia—¡pobre ciencia!—, arte—¡pobre arte!—, hasta filosofía para aprender resignación. ¡Todos al fuego! Ellos me envenenaron. Por ellos he sufrido lo indecible cinco años. Buscaba en ellos luz, y me llenaron de tinieblas; salud, y han estado a punto de matarme. Haz

con ellos una gran hoguera, Basilio, ahí, al fondo del huerto, y aventa las cenizas. Nada quiero del pasado; nada, nada...

BASILIO

Que le ha estado contemplando con extrañeza.

¡Qué lástima de papel! Seguramente lo comprarían en la tienda para envolver géneros...

OCTAVIO

En tono humorístico.

Te denunciaré, Basilio, por querer atentar contra la salud pública... ¿No ves que envenenarían los géneros que envolvieran?

BASILIO

Subrayando la jovialidad de Octavio.

Buena receta ha debido darte el médico...

OCTAVIO

Insuperable, Basilio. Me ha curado del todo. Hay remedios verdaderamente heroicos e infalibles... Pero no tardes en prender fuego a toda esta bazofia.

Señalando los libros.

BASILIO

Contento.

Voy, hombre, voy. Y me alegro de tu cambio de humor.

Se retira al fondo del jardín, y a poco se ve el resplandor de una hoguera

ELISA

Saliendo de la casa.

¿Arde algo? Vi una llamarada.

OCTAVIO

Arde el pasado, Elisa. ¿Verdad que es hermoso el fuego?

ELISA

¿Qué es lo que se quema?

OCTAVIO

Nada: una pesadilla...

Vuelve Basilio.

BASILIO

Ni que estuvieran empapados en petróleo...

OCTAVIO

Bruscamente.

¿Y cuándo es vuestra boda?

BASILIO

Sorprendido y confuso.

No lo sé... ¿Y eres tú quien lo pregunta? No hace todavía muchas horas que aconsejabas todo lo contrario.

OCTAVIO

¡Muchas horas! En un minuto puede cambiar el

rumbo de una vida. Ahora pienso otra cosa. Creo que debéis casaros en seguida. Los años pasan pronto y es lástima desaprovecharlos.

BASILIO

Mirando a Elisa, que oye perpleja.

Por mí no habría inconveniente...

ELISA

En tono que quiere ser irónico.

¿Ya no le hago falta a la señora?

OCTAVIO

Sí, Elisa; le haces falta; nos haces falta, como siempre; pero antes eres tú, antes sois vosotros...

BASILIO

Calculador.

Por mí no habría inconveniente; pero una boda siempre cuesta. ¿Dónde íbamos a vivir? Si pudiéramos quedarnos en esta casa...

OCTAVIO

Con precipitación.

¡No; aquí, no! No es posible, Basilio... Tú necesitas algo mejor, más independencia, una casa donde seas tú el amo y unas tierras donde vayas cosechando un pasar para la vejez.

BASILIO

La casa podría encontrarla, y, en último caso, se

hace. Pero ¿las tierras? Tú sabes lo escasas que son en este pueblo; todos son a comprarlas y nadie a venderlas. A menos que tu madre quisiera vender las de esta casa, los prados que están junto al río...

OCTAVIO

Como hablando consigo mismo.

Los prados. Es verdad... No había pensado en ello. Una tierra no puede quemarse como un montón de libros, como una...

Dirigiéndose a Basilio.

Sí, Basilio; los prados son tuyos...

BASILIO

Claro que no hace falta decirte que yo soy un hombre pobre, que eso tú bien lo sabes... Me sería imposible pagarlo todo de una vez.

OCTAVIO

¿Pagarlo? No se hable de eso, Basilio. Te regalo los prados.

BASILIO

Estupefacto.

¿Te he oído bien?

OCTAVIO

Tú y Elisa os merecéis todo eso y mucho más. Habéis sido buenos, pacientes conmigo...

Bajando la voz.

Además, ¿quieres que te sea franco? Yo no tengo ningún derecho a esas fincas...

Contestando a las miradas interrogantes de Basilio y Elisa.

Pero no me preguntéis, que no os respondería. Coged los prados; básteos eso.

BASILIO

Vacilando.

Pero si hay algún pleito por medio...

OCTAVIO

No; no lo hay. No me has entendido bien. Cuando dije que no tenía derecho, no pensaba en las leyes de los hombres; ante esas, sí, todo el derecho es mío, muy mío, y yo te lo cedo, sin que pueda disputármelo nadie. Me refería a otros derechos...

BASILIO

Después de una pausa en la que trata, en vano, de comprender a Octavio.

En fin, tú sabrás lo que haces. Pero ¿y tu madre? ¿Estará conforme contigo?

OCTAVIO

Eso déjamelo a mí, Basilio. Yo lo arreglaré.

BASILIO

¡Dios te lo pague, Octavio! Nunca dudé de tu buen corazón...

ELISA

¿No te lo decía yo, Basilio? Las mujeres tenemos razón siempre.

BASILIO

Tanto como eso...

ESCENA II

OCTAVIO y BASILIO

OCTAVIO

¡Ea!, no riñáis ahora, que tiempo tendréis después de casados... Puedes irte ya, Elisa.

Se va ésta.

¡Oye, Basilio!

En tono que quiere ser indiferente, sin conseguirlo.

Esos prados nuestros, quiero decir tuyos, darán mucha hierba, ¿no?

BASILIO

Figúrate. Todo el año comen de ella las dos vacas de casa y todavía sobra. No cabe toda en el pajar de la vaquería y hay que guardar una parte ahí

Señalando debajo del comedor.

en la bodega de la casa.

OCTAVIO

Como alarmándose.

Pero eso es un peligro... La chispa de un cigarrillo, un fósforo que se arroja distraídamente, el pábilo

de una vela que se cae cuando bajáis de noche a la bodega...

BASILIO

Siempre he dicho que había que hacer más grande el pajar de la vaquería, para meter en él toda la hierba, lejos del trajín de la casa.

OCTAVIO

Distraído.

Sí; habría que hacer algo... Nunca falta un malintencionado. Ese Jeremías no me inspira ninguna confianza... Suelta el perro, Basilio, que también le ha llegado a él la hora de ser libre, que se desquite de la prisión en que le he tenido. Esta noche déjale sin cadena.

Se va Basilio.

ESCENA III

OCTAVIO y MARINA

MARINA

Saliendo de la casa.

Me ha dicho Elisa que eres otro, que nadie te reconocería de contento que estás...

OCTAVIO

Así es, madre. ¿Y no te ha dicho más?

MARINA

Sí; que ahora eres tú quien tiene prisa por que se casen...

OCTAVIO

Así es. ¿Y no te ha dicho que les he hecho un buen regalo de boda? Les he prometido nuestros prados del río, quiero decir, los prados de Pablo Calderón.

MARINA

Pero ¿estás loco, Octavio? ¿Regalar unas fincas que valen cuatro o cinco mil pesetas?

OCTAVIO

¿Por qué no? Hay que liquidar el pasado, madre, o

incendiarlo, como acabo de hacer con los libros. Esas fincas no nos pertenecen.

MARINA

Confusa, después de una pausa.

Está bien; pero no somos solos. En todas esas cosas de dinero tenemos que contar con Rodrigo Solana, con tu padre...

OCTAVIO

¿Con Rodrigo Solana? Permíteme, madre, que le llame así. El título de padre, con un hombre a quien no conozco y de quien apenas he oído hablar hasta hoy, me suena a extraño, a falso...

MARINA

Pues bien de veces te he hablado de él...

OCTAVIO

No lo recuerdo. Es decir, me parece recordar que me hablabas de una especie de agente de nuestros negocios en la Argentina. Pero entonces no me interesaba...

MARINA

¿Y no te dice nada la voz de la sangre?...

OCTAVIO

Después de vacilar.

Mentiría si dijera que sí.

MARINA

Esta misma noche, quizá dentro de pocos minutos, estará aquí el hombre que me señaló la naturaleza. ¿No te emociona la proximidad de su presencia?

OCTAVIO

Repito, madre, que te engañaría si te dijera que sí, francamente.

MARINA

¡Pero eso es monstruoso, Octavio!

OCTAVIO

A mí me parece natural. Yo creo que uno se siente hijo de un hombre cuando ha recibido de él, tanto como su sangre, su espíritu, sus costumbres, sus principios de conducta, su visión del mundo y de la vida. Ya ves: yo no tengo impresión directa del que hasta hoy creí mi padre, de Pablo Calderón, y, sin embargo, el ambiente en que he crecido estaba tan empapado en él, de sus manías y liberalidades, de sus sufrimientos y esperanzas—¡si tú supieras cómo he reconstruído su vida en estos últimos cinco años!—, que yo he sentido siempre de él a mí una relación de padre a hijo: unas veces para acusarle de lo que yo juzgaba su maldad; otras, para compadecerle y quererle, al pensar que era, como casi todas las criaturas humanas, juguete fatal del destino. Pero Rodrigo Solana no me dice nada.

MARINA

Sin embargo, le querrás cuando le conozcas y trates; nacerán en ti sentimientos filiales.

OCTAVIO

Es posible; pero no sé, no sé; temo, madre, que sea ya tarde. Mi carácter está ya hecho; lo ha endurecido el dolor de mi mente, hasta hoy enferma; lo ha empapado tu ternura. ¿Qué puede añadirle nadie? No necesitó de mí hasta ahora Rodrigo Solana. ¿Por qué no vino a buscarme, a darme el aliento de su alma y el abrigo de su cuerpo cuando estaba yo sin padre? Me hubiera hecho más hombre de lo que soy y me hubiera ahorrado las amarguras de estos cinco años. Pero hasta ahora le importó su vida más que la mía. No necesitó de mí cuando yo era arcilla blanda, dócil a cualquier mano que hubiera querido modelarla; hoy, yo tampoco necesito ya de él. Es más: mucho temo que nuestros gustos y opiniones, formados en mundos tan distintos, sean incompatibles. Para mí es como si no existiera. Yo tampoco sé mentir, madre.

MARINA

Le querrás, le querrás. Nadie resiste a una vida en común con otra persona, y menos si se trata de un padre...

OCNAVIO

¿Vida en común?

MARINA

Sí; pues sabrás que Rodrigo Solana quiere casarse conmigo. Así vuelven las cosas a la ley de los hombres.

OCTAVIO

Estupefacto.

¿Casarse contigo dices?

MARINA

Eso me escribió. Eso me ha propuesto...

OCTAVIO

Madre, creo que te engañas; creo que también es tarde para ti...

MARINA

No lo sé; la idea es suya.

OCTAVIO

Creo que te engañas, madre. Tú misma me lo dijiste esta tarde: «Yo te buscaba a ti, un hijo, en aquel hombre. Nada más.» Si eso era hace veinticinco años, ¿qué puedes hallar en él ahora? Nos hemos librado de las ligaduras de un muerto. ¿Quieres atarnos a otro? Supongo que Rodrigo Solana es ya un hombre acabado que viene a enterrarse entre estos montes, mientras le llega la hora del descanso definitivo.

MARINA

Ya te digo: la idea ha sido suya. «Yo he administrado aquí tus bienes durante muchos años—me decía en una de sus últimas cartas—; yo he hecho, por mi parte, una pequeña fortuna; asociadas las dos, la tuya y la mía, por matrimonio, creo que podremos disfrutar una vejez holgada y tranquila en el pueblo que nos vió nacer.» Y yo he pensado, ante todo, en ti, Octavio, ahora como siempre, en tu porvenir y tranquilidad...

OCTAVIO

Tu intención es buena hasta la santidad; pero yo no necesito, por mi parte, de los servicios administrativos de Rodrigo Solana, ni de la aportación de su fortuna. Sólo quiero ser un hombre libre, dueño de mi vida.

MARINA

Nada sabes de estas cosas... Es difícil administrar una fortuna como la nuestra, sobre todo ahora, que se ha convertido en valores de una explotación nueva y lejana.

OCTAVIO

¿Difícil dices? Facilísimo, madre. No hay más que renunciar a ella: a toda nuestra fortuna...

MARINA

Sorprendida.

¿Dices renunciar?

OCTAVIO

Sí; renunciar. Bastante la hemos usufructuado. Tú no necesitas tener cuidados; yo soy ya hombre y poco he de poder si no logro ganarme tu vida y la mía.

Decidido.

Y en último caso, prefiero la miseria a vivir de lo que no me corresponde, de lo que yo no he ganado ni ha venido a mí por debida herencia.

MARINA

Pero ¿cómo renunciar?

OCTAVIO

¡Qué sé yo! Se puede hacer una escuela en memoria de Pablo Calderón; el resto se puede regalar o quemar...

MARINA

Pensativa.

Hijo mío, sales de una locura para entrar en otra...

OCTAVIO

Es posible, madre; pero yo no quiero que te arrastre mi locura. No tengo derecho a imponer a nadie lo que acaso sea sólo un capricho, una veleidad pasajera... Tú te casas con el señor Solana y dispones de la fortuna de Pablo Calderón a tu antojo; pero no cuentes conmigo como heredero.

MARINA

Me bastas como hijo, con que no te separes de mí...

OCTAVIO

Yo también quiero ver mundo por mis propios ojos, conocer la vida por propia experiencia, bastarme a mí mismo, ser más fuerte que las circunstancias fatales del destino...

MARINA

Iremos contigo...

OCTAVIO

No, madre. Solana no querrá marcharse de aquí,

deseará reposo. Además, la idea de que un extraño, aunque sea mi padre, va interponerse entre nosotros, me aterra. Él o yo...

MARINA

Espera a conocerle...

OCTAVIO

Esperaré... a que tú le reconozcas. Pero sólo un favor te pido: que ante él no me des por enterado de nada. Me sería violento...

Suena la campanilla de la puerta del huerto. Entra Rodrigo Solana. Es un hombre corpulento, avejentado, adiposo, cargado de hombros, gran cadena de oro sobre el vientre, jipijapa, que se quita con torpeza, una valija en la mano izquierda.

ESCENA IV

DICHOS y RODRIGO

MARINA

¡Es Rodrigo!

RODRIGO

¡Marina!

Se saludan escudriñándose.

MARINA

Haciendo la presentación.

Octavio, mi hijo.

OCTAVIO

Mucho gusto...

Se saludan. Rodrigo interroga a Marina con la mirada. Marina baja la suya, como excusándose.

MARINA

Por decir algo, para salir del embarazo de todos.

No han pasado los años por usted... por ti, Rodrigo.

RODRIGO

Es usted muy amable; digo, eres muy amable, Marina... Con los años que hace que no nos vemos, ya no sabe uno cómo tratar a los amigos de la infancia.

Ríe.

MARINA

La mismo me ocurre a mí.

Ríe también, nerviosamente.

OCTAVIO

Con irritación contenida, queriendo ser irónico.

Esos son los inconvenientes de idiomas como el nuestro, que tanto abusan del tú. En esto, como en muchas otras cosas, los ingleses son la gente de mejor sentido: no tutean más que a Dios.

RODRIGO

¿Luego sabes inglés?...

OCTAVIO

Recalcando la palabra *usted*.

¿Decía *usted?*

RODRIGO

Advirtiendo la corrección.

Digo que por lo visto sabe usted inglés.

OCTAVIO

Psch. Lo que se puede aprender en una escuela de idiomas.

Imitando la manera de enseñar en tales sitios.

La silla no es la casa... ¿Está la silla en la casa, o está la casa en la silla?...

RODRIGO

Un poco vejado.

Despejado parece el mozo.

MARINA

Conciliadora.

Tiene a quien parecerse...

OCTAVIO

Te lisonjeas a ti misma, madre...

Pausa.

RODRIGO

Pues sí, señor.

Mirando a Marina y luego a la casa.

El tiempo pasa por todo, Marina. Recién hecha estaba esta casa cuando yo me fuí. Era blanca como una paloma.

MARINA

Sí; han pasado los años: ¡veinticinco! ¡Un cuarto de siglo! Luego, esta región es muy tormentosa en

todo tiempo; llueve casi siempre y el viento no cesa de azotar. Todo, cosas y gentes, se desconcha y afea pronto por fuera.

RODRIGO

Así es. Al bajar del tren y meterme en el pueblo, los edificios me han parecido más viejos, más arrugados, más encogidos por los años. «¡Cuánto tiempo ha pasado!», me he dicho al ver las casucas achaparradas; y ellas me miraban burlonas, como diciéndome: «¡También tú has envejecido, Rodriguín; también tú! ¡Nada se libra!»

MARINA

Pero por dentro, en las casas, puede haber calor, reposo, afectos...

RODRIGO

No sé. Desde que llegué esta mañana he estado en varias de parientes y antiguos amigos. Mucha zalema, mucha fiesta; pero no sé, no sé... Se siente frío en ellas.

MARINA

Ya hemos entrado en el otoño, que entristece a personas y cosas...

RODRIGO

Siguiendo el hilo de su discurso.

Sí; mucho frío. Las gentes son otras. Unos han muerto, otros se han marchado; los que se quedan son otros, con otro humor y otras preocupaciones.

MARINA

Es el otoño de la vida, Rodrigo.

RODRIGO

Hay una gran tristeza en todo el pueblo.

Pausa.

OCTAVIO

Irónico.

¡Claro, cuando se viene de Buenos Aires!... Allí habrá animación, vida...

RODRIGO

Sí; mucha animación, mucha vida. Imagínese una ciudad de dos millones de habitantes. Más grande que París y, para mi gusto, más bonita. Sí, señor. Yo he venido ahora por París. «¡Vamos a ver ese portento!», me dije. Pero no; es más el ruido que las nueces. Las calles son viejas y torcidas y los camareros no hablan más que francés.

OCTAVIO

En cambio, en Buenos Aires...

RODRIGO

Tres o cuatro idiomas como nada. Luego, las calles son todas rectas, largas, muy largas. Algunas tienen hasta cincuenta cuadras.

OCTAVIO

Ya se ve que es un país de mucha ganadería.

MARINA

No, hombre. Una cuadra es la distancia de una esquina a otra de una calle. Mi marido me hablaba mucho de aquel país.

RODRIGO

Un gran país, pero para la juventud. Cuando uno va para viejo le tira la propia tierra. Una casita entre el monte y el mar, con un poco de calor dentro, y a esperar a morir y a que le entierren a uno en la collada, a la sombra de los castaños por donde uno correteó de niño.

OCTAVIO

Haciéndole a uno entierro de primera, como dice Jeremías. Es todo un programa.

Ante la sorpresa de Rodrigo.

Sí, señor; yo, por mi parte, quiero para mí el ancho mundo; todavía no quiero enterrarme.

Pausa.

MARINA

Ante la mirada interrogante de Rodrigo.

Yo también quisiera descansar en este rincón de mi tierra; pero ¿cómo poder hacerlo? Octavio no ha terminado todavía la carrera; es un perezoso. Luego, sí, es verdad, cada vez siento más yo también el frío de este país. Las casas no se calientan nunca en invierno, y aun en otoño...

RODRIGO

Sin entender el sentido alusivo de Marina.

Es cierto; se siente un frío especial al entrar en el pueblo. Ahora que siempre se puede construir una casa moderna, con calefacción a vapor...

MARINA

No sé, no sé... A mí me parece que una casa sólo se calienta cuando en el hogar ha ardido el fuego durante muchos años, llama o rescoldo, calor concentrado y bien repartido por todas las habitaciones. Lo malo es querer empezar a caldearla cuando se va para viejo o cuando sólo quedan cenizas muy frías de fuegos lejanos...

RODRIGO

Queriendo adivinar.

No sé si entiendo bien...

Se ha hecho ya noche.

MARINA

Desviando el giro de la conversación.

Pero ahora me doy cuenta de que estamos casi a obscuras.

Estremeciéndose.

Además hay relente. Entremos.

Cogiendo el maletín de Rodrigo.

¿Lo entro también?

RODRIGO

Bromeando.

Puedes dejarlo para que se lo lleve Jeremías... Es vuestra fortuna; los valores en que convertí los distintos negocios de Pablo. Son acciones de un nuevo ferrocarril en construcción, seguras, de gran porvenir, de que te escribí a tiempo...

MARINA

Vamos al comedor; allí me lo explicarás todo.

Entran en la casa.

RODRIGO

¿No viene Octavio?

OCTAVIO

Yo no entiendo de números, soy un mal hombre de negocios... Me quedo aquí dando una vuelta por el huerto.

Momentos después de entrar en la casa Marina y Rodrigo se ilumina el comedor y se ven pasar sus siluetas a través de las cortinillas de la ventana. Octavio, al quedar solo, ha recorrido la escena observando si le ve alguien, y ha cortado la soga del pozo. Luego se ha aproximado al tragaluz que, abierto debajo de la ventana del comedor, se supone que da a la bodega, y ha mirado a través de sus cristales. Inmediatamente ha desaparecido por la derecha dando vuelta a la casa. Un momento queda vacía la escena. En seguida suena la campanilla del jardín y entra don Manuel del Valle. Al ruido de la campanilla acude Basilio, que enciende una lámpara eléctrica colgada de una cuerda, entre dos árboles. La escena se ilumina débilmente.

ESCENA V

MANUEL y BASILIO

MANUEL

¿Han salido los señores? Venía a despedirme...

BASILIO

Estaban aquí hace un momento con don Rodrigo Solana.

Mirando al comedor.

Me parece que están dentro. Si quiere que les avise...

MANUEL

Estarán hablando de negocios. Déjalo. Todavía dispongo de unos minutos. Esperaré.

Sentándose.

BASILIO

Como guste.

Pausa.

MANUEL

Dicen que ha venido rico Solana.

BASILIO

Eso dicen; pero vaya usted a saber. Hay mucha engañifa por esas Américas.

MANUEL

Sí; a veces. ¿Y a ti no te ha dado por probar fortuna?

BASILIO

Tentado estuve de irme también cuando me llamaron al servicio militar. Pero luego no se puede volver al país en muchos años, y después de todo, ¿qué más da tener unos miles de duros si se pierden la salud y las ilusiones?

MANUEL

¿Las ilusiones?

BASILIO

Voy a ver si me puedo casar este invierno...

MANUEL

¿Con moza del pueblo?

BASILIO

Con Elisa, la muchacha de esta casa.

MANUEL

Guapa mujer, y simpática e inteligente. ¡Te felicito, hombre! Sí; hacéis bien en casaros mientras sois jóvenes, porque, si no, luego...

BASILIO

Animándose.

Ya ve usted cómo viene Rodrigo Solana con todos sus miles de duros, que ya serán algo menos: hecho un destrozo.

MANUEL

Y, sin embargo, acaso se case antes que tú. Eso he oído por el pueblo...

BASILIO

¿Y habrá mujer?...

MANUEL

Pregúntaselo a tu señora. No sería la primera vez...

BASILIO

No creo que Octavio...

Aparece Octavio por el mismo sitio por donde desapareció.

ESCENA VI

DICHOS y OCTAVIO; luego vase BASILIO

OCTAVIO

¿Se hablaba de mí?

BASILIO

Te hacía en casa con el señor Solana.

OCTAVIO

Fuí a dar una vuelta por el huerto.

MANUEL

Hablábamos de lo bien que te vas a poner este invierno.

Se va Basilio. Durante el resto de la escena Octavio mira de continuo hacia el tragaluz.

OCTAVIO

¿Este invierno? Ya estoy curado, don Manuel. Hay remedios heroicos...

MANUEL

No entiendo...

OCTAVIO

Irónico.

Sí; vivía en un estado de pesadilla, en una alucinación trágica. Pero he despertado a la verdad y ya me siento el más sano y gozoso de los hombres... Ya no siento sobre mí ninguna cadena...

MANUEL

¿No te dije yo que era sólo un desvarío de tu razón? ¡Cuánto me alegro, hombre!

OCTAVIO

En el mismo tono.

Usted es un gran médico, don Manuel. Observa usted rigurosamente el principio más seguro de la medicina, que es no recetar nunca nada, y el que después le sigue, que es convencer al enfermo de que no lo está. Si no fuera usted tan réprobo, ejercería usted ese nuevo arte de curar que se llama ciencia cristiana, muy en boga en los países anglosajones.

MANUEL

Dudoso en cuanto al tono de Octavio.

Me parece que te burlas, pero créeme que hay mucho de positivo en las curas por sugestión, ya sea un específico a base de agua coloreada, ya una palabra oportuna...

OCTAVIO

Sobre todo, cuando la palabra, además de oportuna, es verídica...

MANUEL

Creyendo entender.

¡Eso es, eso es! Una palabra falsa, por mágica que sea, nunca es tan saludable...

OCTAVIO

A menos que la palabra embustera resulte que luego no lo es...

MANUEL

Humorístico.

Me cuesta seguir tus sibilinas sentencias. Ten en cuenta que ya voy para viejo...

OCTAVIO

Burlón.

No lo crea, don Manuel. Todo es cuestión de sugestionarse y creerse joven... Pero quería decirle lo siguiente: un frasco de agua coloreada es un embuste si se la toma como quintaesencia medicinal. Sin embargo, puede ocurrir que el organismo o el alma enferma necesite precisamente de esa agua, tal cual es, sin engaño ni colores, acaso, a lo sumo, un poco amarga...

MANUEL

Indeciso.

Sí; creo comprenderte... Pero, en fin, lo importante es que hayas desterrado de tu cerebro los fantasmas que te atormentaban.

Mirando el reloj.

Ya va siendo hora del tren. Había venido a despedirme...

OCTAVIO

¡Y yo aquí entreteniéndole con juegos de palabras! ¡Usted perdone, don Manuel!

Yendo hacia la ventana del comedor.

Pero ese Basilio, ¿cómo no avisó a mi madre?

MANUEL

No había prisa...

OCTAVIO

Llamando frente a la ventana.

¡Madre, madre!

MARINA

Abriendo la ventana.

¿Quieres algo?

OCTAVIO

Don Manuel, que quiere despedirse.

Se detiene un instante a mirar por el tragaluz.

MARINA

Voy, voy.

Cierra la ventana. Momentos después salen de la casa Marina y Rodrigo. Se ha apagado la luz del comedor.

ESCENA VII

DICHOS, MARINA y RODRIGO

MANUEL

Siento haberles molestado; pero no quería irme sin despedirme.

MARINA

Nada de molestia, don Manuel. Todo lo contrario... Además, Rodrigo había concluído ya de detallarme sus cuentas.

RODRIGO

Por cierto, los valores han quedado sobre la mesa...

MARINA

No hay cuidado, Rodrigo. En casa toda es gente de confianza.

RODRIGO

Sin embargo, al venir he visto merodear por los alrededores a ese vagabundo de Jeremías...

MARINA

A ése le basta con una botella... Pero para mayor tranquilidad, cerraré con llave la puerta del comedor.

OCTAVIO

Yo iré, madre.

Se va y vuelve a los pocos momentos con una llave que guarda en el bolsillo.

MANUEL

Pues si quieren algo para la capital...

MARINA

Lo que siento es que nos deje usted tan pronto. Bien se puede decir de sus visitas que son de médico...

MANUEL

Permítame la inmodestia de añadir que son de médico prodigioso, pues no me negará que mi visita ha obrado un verdadero milagro sobre nuestro enfermo imaginario...

OCTAVIO

Irónico.

Es usted un gran psicólogo, don Manuel; un gran sugestionador. Veremos si duran los efectos de su remedio...

MANUEL

Yo creo que durarán, pues hay locuras que, si se las trata bien, no se repiten... Luego, con una enfermera tan solícita como doña Marina...

MARINA

Levemente burlona.

A usted, a usted solo todos los honores, don Manuel...

MANUEL

Mirando el reloj.

¡Vaya, no puedo detenerme ni un minuto más!... Bien venido, Solana, y que la tierra natal le sea amable, más amable que conmigo, aunque la verdad es que me he pasado la vida maldiciendo de ella y de sus habitantes y anunciando perderlos para siempre de vista, y aquí me tiene usted hecho una especie de árbol, creyendo que es libre porque se mueven un poco la copa y las ramas, ya bastante peladas; pero clavado en la tierra por raíces que sólo destruirá la muerte... Traje un maletín...

OCTAVIO

Voy por él.

RODRIGO

Yo, más que árbol, don Manuel, me siento planta marina, desarraigada. Quisiera echar otra vez raíces; pero no sé; ya veremos...

MANUEL

Doña Marina, he pasado un día delicioso;

Bajando la voz.

profesionalmente, uno de los más felices de mi vida. Ya he visto que no ha perdido el tiempo en aplicar el remedio que le aconsejé, pues he notado sus maravi-

llosos efectos. Hay mentiras tan santas y bienhechoras que parecen verdad...

MARINA

Y a veces, verdades que parecen mentira...

Vuelve Octavio.

MANUEL

A Octavio.

¡Adiós, muchacho!

OCTAVIO

Le acompañaré a la estación, don Manuel.

MANUEL

Pues en marcha.

Se despide.

ESCENA VIII

RODRIGO

¿Tú crees, Marina, que la vieja planta errante podrá echar raíces en su país natal?

MARINA

No lo sé. Si de mí dependiera... Pero ya ves: tú quieres descansar aquí, y Octavio quiere irse al tráfago del mundo...

RODRIGO

Le he encontrado frío y duro conmigo. ¿Por qué no le has dicho la verdad, según me anunciabas en tus últimas cartas? Su recibimiento hubiera sido otro...

MARINA

Confusa y vacilante.

¡Me ha faltado valor!...

RODRIGO

Se lo diré yo...

MARINA

Con decisión.

¡No, espera!

RODRIGO

Pero comprende mi situación. No es que no pueda dominar mis sentimientos. La verdad, el muchacho me ha desilusionado un poco. Se ve que tiene un carácter muy distinto del mío y es algo insolente, poco respetuoso con los mayores. Y esto, te darás cuenta que es poco agradable tratándose de mí...

MARINA

Sí, sí, lo comprendo; pero espera, ten un poco de paciencia hasta ver qué decidimos.

RODRIGO

Eso quiere decir que vacilas, que ya no te parece tan bien nuestro matrimonio.

MARINA

Balbuceando.

A mí sí, a mí sí, Rodrigo. Pero esa diferencia de carácter entre tú y mi hijo...

RODRIGO

Cambiará cuando lo sepa todo, y aunque no me tenga cariño por falta de costumbre, me tendrá por lo menos el respeto que se debe a la autoridad de un padre...

MARINA

No sé si no es tarde ya. Los afectos se forman en la convivencia y se entibian con la distancia. La verdad es que tú te has preocupado bien poco del chico...

RODRIGO

Ya sabes cuánto he tenido que luchar. Pero tú, Marina, ¿no puedes decidir por ti misma, de ti a mí, con toda libertad?

MARINA

Ya sabes lo atada que estoy a mi hijo. Para mí él lo es todo: mi única ilusión...

RODRIGO

¿La única, la única?

MARINA

Después de un momento de vacilación, recobrando su tono de sinceridad.

¡Pues bien, sí! ¿Para qué engañarnos, Rodrigo? Hablémonos con absoluta verdad, aunque nos haga un poco de daño...

RODRIGO

Sí, sí; eso quiero.

MARINA

Sí; mi única ilusión. Yo te quise por él, yo te he querido en él. Eras como la idea de mi hijo, el molde donde yo iba a vaciarlo; por eso cometí contigo aquella locura, de la cual no estoy arrepentida ni mucho menos, sino contenta y orgullosa. Luego tú has sido la imagen distante de mi hijo; te veía igual que él es físicamente; eras algo así como él mismo en otra vida, en otro tiempo... Pero has venido y no sé lo que ha pasado; al verte se ha deshecho el encanto. Me parece que eres otro, y que el que fuiste fué sólo un

sueño. Es también como si el que fuiste hubiera muerto, y el que eres fuese un extraño.

RODRIGO

Con despechada cínica rudeza.

Pues a mí, la verdad—también quiero yo serte sincero—, me sucede algo semejante; es decir, ni eso: las mujeres sois más *románticas* que los hombres. *Aquello* nuestro fué para mí menos que un sueño: una aventura agradable, que se fué borrando con otras aventuras... menos agradables y más costosas... Los hombres somos así: muy poco románticos en cuestión de mujeres. Tenemos demasiados negocios en qué pensar para pensar en una sola mujer... Yo, la verdad, no he tenido ninguna desilusión al volver a verte después de veinticinco años, porque tampoco traía ninguna ilusión de esas que sentís las mujeres. ¡Demasiado sabe uno lo que hace el tiempo! ¡Con las mujeres que uno ha visto envejecer en su vida!... Y eso

Mirándola procazmente.

que tú no estás mal conservada...

MARINA

Sarcástica.

¡Gracias, hombre!

RODRIGO

En cuanto al chico, ¿qué quieres que te diga? Sentía desde lejos una especie de vanidad de que existiese por mí; nada más, ¿para qué he de engañarte? Pero al verle ahora tan diferente de mí, de otro mundo, con otras ideas, sospecho que nos sería muy di-

fícil entendernos. Sí; tienes razón: hay afectos que sólo se forman viviendo juntos. De modo que no es eso: ni ilusiones, ni romanticismo, ni todas esas tonterías de poeta que no tienen que comer. Mi único deseo, al casarnos—te lo he indicado en mis cartas, nunca he tratado de engañarte—, era asociar nuestros capitales. Ahora te lo puedo decir: en realidad, han estado asociados siempre; yo he trabajado con el capital de Calderón como con el mío propio, siempre juntos. Acaso abusé un poco de tu confianza; pero hemos ganado la partida y supongo que nada tendrás que reprocharme...

MARINA

Al contrario, hombre; no tengo más que motivos de reconocimiento para tus desvelos y honradez.

RODRIGO

Bueno. Pues como iba diciendo, mi propósito era que los dos capitales siguieran asociados por escritura matrimonial, para sentirse uno más asegurado en la vejez y para correr menos riesgos si me da por meterme aquí en algún negocio, por distraerme...

MARINA

No vale la pena de que se esclavicen dos vidas para asegurar mejor dos capitales. Sobre todo, después de lo que acabo de oírte. Hace unos momentos, cuando me di cuenta de que nada quedaba en mi alma de ti—ahora veo otra vez con toda claridad que en ti sólo busqué al padre de mi hijo—; cuando se vino a tierra la ilusión que de ti guardaba por la fuerza del recuerdo de lo que un día fuiste—un solo día, entiéndelo bien—; cuando me hallé ante un extraño,

ante ti, mi único temor fué que tú siguieras ilusionado. Me hubiera dolido desengañarte, y antes que eso, ¡quién sabe!... Pero no hay necesidad. También pensé que acaso mi hijo sentiría en tu presencia una voz misteriosa; pero ya has visto que no. Tú fuiste la ley de mi vida; yo para ti sólo una aventura. Tanto mejor... No; no vale la pena de garantizar dos fortunas haciendo un matrimonio con dos desilusiones. Conozco mucha gente de negocios que no han necesitado casarse para formar una sociedad en comandita, ¿no se dice así?... Desde luego, puedes disponer de mi capital como hasta ahora.

RODRIGO

¿Haremos escritura?

MARINA

¿Extramatrimonial?... No hay inconveniente.

RODRIGO

Satisfecho.

Después de todo, eres una mujer razonable, Marina. Con los cien mil duros en valores que te he traído, y otros tantos de que yo dispongo, tendremos un millón de pesetas para tentar algún buen negocio. Precisamente ya hoy, apenas he llegado, me han hablado de una mina...

MARINA

Impaciente.

Ya me lo contarás, ya me lo contarás cuando lo tengas estudiado...

ESCENA IX

DICHOS, BASILIO y OCTAVIO

BASILIO

Viniendo del fondo del huerto.

Me pareció oler a chamusquina...

OCTAVIO

Volviendo de la calle.

¿Decías, Basilio?...

BASILIO

Que me pareció que se quemaba algo...

OCTAVIO

¡Bah, fantasías! Tienes la obsesión de la hierba de la bodega... ¡Anda, vete a comprarme cigarrillos! Quiero volver a fumar.

Sale Basilio. En el resto de la escena no cesa de mirar al tragaluz.

MARINA

¿Se fué don Manuel?

OCTAVIO

Llegamos a punto. ¡Hombre ameno, si los hay, es don Manuel! ¡Cuántas cosas sabe, no de su ciencia, que no ha vuelto a hojearla desde que salió de la Universidad, sino de la vida! Si no fuera por lo duro que es, me gustaría el oficio de médico. Enseña más que ningún otro del corazón humano y le hace a uno tolerante con las debilidades del prójimo.

MARINA

Y, sin embargo, don Manuel es en el fondo un hombre triste.

OCTAVIO

Sí; un cínico melancólico, pero ese es su encanto.

RODRIGO

Con intención rencorosa.

Veo que aquí es costumbre despellejar a los ausentes tan pronto como vuelven la espalda...

OCTAVIO

Aquí no se despelleja a nadie, señor Solana. Bastante despellejado viene cada cual...

RODRIGO

Y si son mayores en edad, se les despelleja con más gusto...

OCTAVIO

Con intención polémica.

La edad no es un título especial al respeto, sino la

vida y las obras de la persona. Hay mucho necio que llega a la vejez con grandes barbas blancas, y muchos hombres santos y de talento que mueren en plena juventud...

MARINA

¡Haya paz, haya paz! ¿Para qué enzarzarse en discusiones inútiles?

RODRIGO

Con acritud.

No; no eran así los mozos de mi tiempo...

OCTAVIO

Irónico.

¡Claro!; todo tiempo pasado fué mejor...

ESCENA X

DICHOS, BASILIO, ELISA, JEREMÍAS y gente del pueblo.

BASILIO

Entra corriendo.

¡Fuego, fuego! ¡Está ardiendo la casa! ¡Grandes bocanadas de humo salen de la bodega por la puerta de atrás! ¡No me engañaba el olfato!

ELISA

Saliendo de la casa.

¡Debe haber fuego en la bodega! ¡Ya empieza a arder el piso de la cocina!

RODRIGO

A Basilio.

¡Corre a la iglesia, que toquen a rebato, que traigan agua todos los vecinos del pueblo!

Sale Basilio.

MARINA

¡Dios mío, qué desgracia! ¡Debe ser intencionado!

RODRIGO

A Octavio, que permanece inmóvil.

¡Pronto, vamos al pozo, al pozo!

Se dirige al pozo que hay al costado de la casa.

¡Han cortado la soga! ¡Sí; debe ser intencionado!

OCTAVIO

¡Será intencionado, pero la intención es profunda!...

Señalando al corazón.

MARINA

¡Has sido tú, Octavio!

OCTAVIO

¡Que arda todo, todo, madre!

MARINA

¡Estás loco, loco, loco!

RODRIGO

Levantando las manos con desesperación al recordar.

¡Los valores, los valores que se queman!

Se dirige precipitadamente a la casa.

OCTAVIO

¡No, madre, no estoy loco! ¡Que arda todo el pasado!

RODRIGO

Volviendo.

La llave, ¿quién tiene la llave del comedor?

MARINA

¡Tú cerraste, Octavio!

RODRIGO

¡La llave; venga la llave!

OCTAVIO

Fríamente.

La tiré al campo. Me pesaba en el bolsillo cuando volvía de la estación y ya no era necesaria.

RODRIGO

¡La llave, malvado!

Le coge por la chaqueta y quiere buscar en sus bolsillos.

OCTAVIO

Cogiéndole por el cuello.

¡Nadie me toque!

MARINA

¿Qué haces, Octavio?

RODRIGO

¿Sabes quién soy?

OCTAVIO

Un intruso... No sé... ¡No me importa!

RODRIGO

¿Lo oyes tú, Marina?

Se oye tocar la campana a rebato. Vuelve Basilio y con él gentes del pueblo, Jeremías entre ellas; traen cubos de agua.

Pero perdemos el tiempo. ¡Un hacha, un hacha para abrir la puerta!

Basilio hace ademán de ir a buscarla.

OCTAVIO

¡Nadie se mueva! ¡Que arda todo, todo!

Irónico a Rodrigo.

¿No encontraba usted frías las casas?

RODRIGO

¡Está loco!

JEREMÍAS

Esta mañana vi un buho...

OTRO HOMBRE

Que se ha acercado a la ventana del comedor.

¡Todo el interior es una llama; nada podrá salvarse!

RODRIGO

¡Los valores, los valores!

OCTAVIO

¡Salid todos, todos! Y usted también, señor Solana. ¡Márchese!

RODRIGO

¿Lo oyes, Marina? ¡Me despide nuestro!...

MARINA

Interrumpiéndole.

Nuestro enfermo, sí. Pero lo mejor es no contrariarle. Ningún remedio es bastante heroico con tal de devolverle el reposo. ¡Vete, Rodrigo!

RODRIGO

¿También tú?...

MARINA

Esta vez hemos perdido la partida. Otra vez se ganará, Rodrigo.

RODRIGO

¡Locos, descastados, desagradecidos! ¡Quién iba a esperar este pago!

Sale colérico.

OCTAVIO

¡Que arda todo, todo! ¡A los muertos, lo que es de los muertos!

TELÓN

FIN

APÉNDICE

APÉNDICE

Divagación autocrítica

La costumbre de Bernard Shaw y François de Curel, entre otros dramaturgos contemporáneos, de enriquecer las ediciones de sus piezas teatrales con estudios en que se hace la historia psicológica, la autocrítica y hasta la filosofía, si la hubiera, de cada obra, me parece en extremo plausible y digna, por lo tanto, de ser imitada. Es irrefutable que si la obra carece de méritos de nacimiento, será inútil que su progenitor pretenda embellecerla con atributos que le dicta su amoroso sentimiento de padre, no el examen desapasionado de la realidad engendrada. Pero si la creación no viene al mundo del todo contrahecha, y si hay en ella algún latido de humanidad, lo que el autor diga de su existencia servirá, ciertamente, para esclarecerla y contemplarla desde su propio punto de vista, como es el deber capital de la crítica objetiva o técnica, si bien reputo como más interesante y provechosa la subjetiva o artística.

Cuando una obra dramática—y otro tanto podría aplicarse a todas las obras de arte, singularmente a las literarias—es algo más que una obra de mampostería; cuando es una elaboración orgánica, formada acaso en un lento proceso psicológico, en una serie

de mutuas reacciones entre la conciencia del autor y el mundo circundante, la obra participa entonces a la vez de documento biográfico e histórico, en cuanto que refleja un punto del alma que le ha dado el ser y un instante de la sociedad que le ha dado la pauta ética, ya para ensalzarla, ya para combatirla. Obra de arte donde no hay nada personal del autor ni nada de la sociedad en torno es obra muerta antes de nacer.

No faltará quien opine que si una obra de arte tiene valor propio, huelga toda aclaración biográfica e histórica. Y tal vez se cite el caso de Shakespeare, de cuya historia íntima apenas se sabe nada, aunque tampoco sea mucho lo que se conoce de su vida extrínseca. Sin embargo, si se atiende al probable desenvolvimiento cronológico de su producción, se advertirá cómo, conforme avanza su existencia en el tiempo, gana su obra en poder trágico y acerbo pesimismo, mezclado a trechos con toques de humor no menos ácido y corrosivo. No; no fué Shakespeare, según todos los indicios, un alma fría e indiferente al dolor y el destino humanos, como han creído muchos, sino más bien un espíritu ardiente y atormentado, ya por circunstancias particulares de la vida, ya por un sentimiento, consubstancial en él, de amargura cósmica. Si él nos hubiera dejado la historia personal y social de sus comedias y tragedias, ¡cuánto mayor sería el deleite de leerlas o verlas representadas, de vivirlas como las vivió la propia mente que las creara!

Muchas veces, como en Shakespeare, la exégesis crítica posterior no logra descubrir al hombre, como individuo y como ciudadano de una sociedad humana determinada, a través de la fronda de sus creaciones; pero otras sí lo consigue, y entonces la producción literaria pierde ese carácter de museo que, con el tiempo, asumen muchas obras de arte y recobra su

vitalidad, la actualidad en que fué realizada. Tal ocurre, por ejemplo, con Eurípides, después de leer el admirable ensayo del helenista inglés Gilbert Murray al frente de su traducción de *Las bacantes*. ¡Cómo bajo la mirada sapiente, liberal y artística de este moderno intérprete del helenismo se ilumina el proceso de decadencia que ya se había iniciado en Grecia al tiempo de Eurípides, y cómo en el alma turbulenta, independiente e indómita de este gran trágico—que muere en el destierro, huyendo a las montañas macedonias de los odios políticos y las rivalidades literarias de Atenas—repercute ese patético momento de las postrimerías del mundo heleno, tan semejante, en cierto modo, a la Europa de comienzos del siglo xx! La Roma amenazadora de entonces es hoy la República de Norte de América, cuyas águilas imperiales acaso están también destinadas a engullirse una civilización decaída a su Oriente y a sojuzgar los bárbaros situados a su Occidente.

Otro caso de exégesis fecunda es la del crítico inglés William Archer acerca de algunos dramas de Ibsen, cuya obra total marca, como en ningún otro autor, un desarrollo francamente autobiográfico. Con celo apostólico escribió *Espectros;* pero sus contemporáneos, lejos de agradecérselo, como él esperaba, se lo reprobaron duramente, si bien luego se ha corregido por completo la mala acogida que la obra mereció del público y de la crítica a su aparición, y no sólo en su país, sino en la mayoría donde luego fué representada. La antología de críticas inglesas que Archer recoge en su traducción del teatro de Ibsen es para desesperar de la inteligencia humana, por lo menos en sus primeras impresiones. Deprimido Ibsen por las acusaciones de inmoralidad lanzadas contra una obra que había escrito con el más moral de los fines—con propósitos que casi trascendían de las fronteras del arte, para caer dentro de una especie

de política de higiene genésica o eugenesia—, descargó su pesimismo a continuación de dos maneras: irónicamente, primero, en *Un enemigo del pueblo;* trágicamente, después, con manifiesto, aunque transitorio, desprecio hacia todos los valores ideales, en *El pato silvestre.* De igual modo podrían trazarse todos los vaivenes de su espíritu a través del resto de su obra.

Yo me complazco en reconocer aquí mi gran deuda a Ibsen, y sin él, Remedios Heroicos es probable que no hubiera existido nunca o, en todo caso, en forma muy distinta. Siempre me ha parecido pueril negar u ocultar las influencias que colaboran a la formación de la propia personalidad. En rigor, la cultura de un hombre no consiste sino en ir desembarazando los caminos de su conciencia de cuanto le es extraño y para él estéril, como se limpia un campo de malezas y guijarros traídos por los arrastres de torrenteras e inundaciones. Sólo de tarde en tarde descubrimos aquellas obras que nos son afines y que, por lo tanto, nos revelan nuestra verdadera personalidad como en un espejo. Cultura es más selección que acumulación, más descubrimiento del propio yo que prolijo conocimiento de los ajenos; lo segundo es más erudición que cultura, que cultivo, que labranza de la propia naturaleza.

Pero tampoco puede el hombre descubrirse a sí mismo por la vía exclusiva de la reflexión, aislándose del mundo externo de la cultura acumulada por los siglos. Quien se cierre a toda influencia sólo podrá ofrecernos un alma primitiva de salvaje, acaso encantadora por su espontaneidad, como la que probablemente adorna a los bosquimanos; pero demasiado simple para los hombres modernos. Es posible que un bosquimano, si viviera treinta o cuarenta siglos y fuese capaz de un progreso continuo, lograse al cabo de ese tiempo, sin salir de sí mismo, evolucionar

hasta el punto de poder concebir ideas e intuiciones muy semejantes a las nuestras. Pero siendo la vida, felizmente, más corta que todo eso, el hombre necesita dar en pocos años, por asimilación de una escogida cultura histórica, ese salto que, abandonado a sus propias fuerzas, le costaría siglos de ahondamiento en su propio ser, hasta descubrirse y madurarse. La cultura es, pues, economía de tiempo y esfuerzo para el individuo y enriquecimiento, no merma, de su personalidad.

Yo vivía en la Argentina—donde residí desde 1905 hasta 1908—cuando murió Ibsen en 1906, y a eso se debe quizás mi inicial filiación dramática con el insigne noruego. Después de mi descubrimiento del *Quijote,* en la linde entre la infancia y la adolescencia, quizás la noción de que existía un mundo ibseniano fué el suceso más emocionante en mi vida literaria, y todavía, cuando lo releo, gozo de aquel pristino entusiasmo, aunque hoy admire más las obras suyas inactuales, poemáticas, que las de temas más o menos políticos y, por tanto, transitorios. Me ayudó a conocer Ibsen y simpatizar con su teatro un paisano suyo, llamado Price, dipsómano sin rival, fino aficionado a las artes y las letras, que trabajaba conmigo en el ferrocarril de Bahía Blanca al Pacífico, allá por el kilómetro 46 de la nueva línea, en las oficinas del campamento destinado a obreros y funcionarios técnicos y administrativos. Muchas veces me hablaba Price de Ibsen, a quien con frecuencia había visto personalmente en los cafés de Cristianía, casi siempre solo, rumiando quizás en su aislamiento de individualista ingénito la idea de algún héroe en lucha con el medio y las circunstancias de la vida. Temo que Price haya muerto ya, pues su cuerpo era tonel demasiado débil y estrecho para su infinita sed báquica, en el doble sentido de este vocablo, sed de vino material y de emociones ideales; pero yo no lo

olvido, porque fué para mí un fermento y un primer reflejo de aquella luz inextinguible y caudalosa que brotaba del poderoso dramaturgo noruego.

Cuando me instalé ya definitivamente en Buenos Aires, allá a fines de 1906, la gran ciudad porteña hervía en inquietudes de arte dramático. Todo el mundo estaba dentro—la mayoría tal vez sin darse clara cuenta—de la corriente estética que entonces, y desde mucho antes, fertilizaba los países principales de Europa. Aunque parezca un contrasentido, Buenos Aires está más cerca de las actualidades europeas, sobre todo de las dramáticas, que Madrid, debido, en parte, al gran reflujo emigratorio que va de continuo del Viejo Mundo al Nuevo, y que entre sus muchedumbres amorfas e innominadas arrastra a veces individualidades distinguidas por su sensibilidad y cultura; en parte, a su Prensa, donde colaboran los hombres de letras más eminentes de Europa y reflejan constantemente los movimientos literarios de sus países respectivos; en parte también, y probablemente es la parte principal, a los teatros de Buenos Aires, por donde es raro que no desfile lo mejor del arte escénico europeo en todas sus modalidades y manifestaciones. Todo el mundo era en aquella época un poco ibseniano en los países del Plata. Ya se había dado a conocer el uruguayo Florencio Sánchez, temperamento robusto y moderno, y tras él surgía una pléyade de dramaturgos nuevos, si algo balbucientes en cuanto a la forma, henchidos de preocupaciones artísticas y sentimientos humanos.

Muchas veces pienso si la renovación del teatro de lengua española, como de las otras artes, no ha de venir con el tiempo de los pueblos jóvenes de América, abiertos a todas las fecundas influencias de la época y libres del peso de una tradición cultural que, en más de un caso, atrofia en los hombres el ansia transformadora. El ciudadano de una patria de

rico pasado, literaria y artísticamente, propende a la imitación, a la copia de modelos egregios, al academicismo o seudoclasicismo; en una palabra, a una actitud conservadora ante la conciencia humana y en cuanto a los medios de expresión. En cambio, en un país nuevo el afán de originalidad es más profundo, por lo mismo que carece de pasado, y los creadores y el público son más sensibles para el tumulto de ensayos e inquietudes que llegan a sus riberas de los cuatro puntos cardinales. Por de pronto, fué un americano, Rubén Darío, el renovador de la moderna lírica hispánica.

El embrión de REMEDIOS HEROICOS data de aquellos mis ya lejanos años de emigrante en la Argentina. Por una parte me impregnaba el difuso ibsenismo ambiente; por otra, sufrí por entonces una crisis mental alimentada por una obsesión no menos ambiente, la de la herencia patológica, a que tanto contribuyó *Espectros,* de Ibsen. Esta obra, tan difundida ya en aquel tiempo, influyó en mí, artística y psicológicamente, de manera poderosa. La idea de mi drama era originariamente la de Ibsen, pero tomada, no como realidad, sino como quimera de la razón: la enfermedad positiva de Oswaldo es imaginaria en Octavio. Pero como las enfermedades imaginarias pueden matar lo mismo que las reales, si no se las cura a tiempo, yo resolví el problema dramático, en un cuentecillo que escribí por entonces, dejando en el aire la duda, sin ir más lejos, de si lo aconsejado piadosamente por el médico era mentira o no. El desarrollo íntegro de la idea es REMEDIOS HEROICOS.

El defecto de *Espectros,* como el de *Casa de muñecas,* es su intención política o didáctica. Hoy ya, triunfante el feminismo en varios países, la psicología de Nora nos parece como adscrita a un pasado remotísimo. Las Noras de nuestros días se parecen más, si no me equivoco, a la Hipólita de mi novela

Las columnas de Hércules; columnas que, por cierto, han impedido a más de un crítico ver el templo y la idea, como los árboles impiden a otros ver el bosque. En cuanto a *Espectros,* es evidente que tan pronto como se instaure por ley la eugenesia, como quieren algunos políticos higienistas, se acabó el drama.

Remedios heroicos no es un drama de higiene, de mera actualidad histórica, sino un drama de libertad individual, esto es, un drama, por tanto, permanente como tema, aunque la forma en que yo lo he incorporado dure menos que la verdura de las eras. Pudo el marido muerto haber sido joven y sano, en vez de viejo y enfermo, y el drama hubiera podido existir del mismo modo, supuesto el sentimiento de libertad de conciencia vital de Marina frente a las cadenas de codicia paterna y concupiscencia masculina con que trata de aherrojarla el destino. He oído decir que su rebeldía, la victoriosa defensa instintiva de su personalidad femenina contra el derecho positivo y la rijosidad de un marido caduco, es caso poco o nada frecuente. Puede ser. Pero el arte no es necesariamente, como la ciencia, una repetición de hechos llamada ley. Don Quijote no es una figura corriente, ni el doctor Fausto, ni Hamlet. El arte sólo aspira a que un suceso verosímil nos parezca tan natural y humano, por raro que sea, que todos pensemos que en igualdad de circunstancias obraríamos lo mismo, aunque luego, por flaqueza u otra razón, no obremos; el arte tiene por objeto supremo inducir universalidad de sentimientos, no sólo reflejar hechos universales. Lo vulgar o lo raro del tema es lo de menos; lo principal, artísticamente, es poder sentirlo todos como propio. Ciertamente, no abundan, de hecho, las Marinas, las que no se resignan a prostituirse legalmente, aunque el trato esté ya consumado; pero si pudiéramos asomarnos al fondo del alma de la mu-

jer o del hombre que se dan mercenariamente, en una forma u otra, como privilegio legal o en diario mercado abierto, veríamos su íntima repugnancia y lo que hay de fraude en su aparente venta. En todo ser humano hay, allá, en lo más recóndito de su ser, un rincón insobornable e inexpugnable. Si Marina tiene algo de humanidad y no es un simple muñeco de trapo seudoartístico, su actitud hallará un eco de simpatía en ese rincón de lealtad a la propia vida que guardan hasta los más abyectos. Si no despierta esa simpática resonancia, no será culpa de ella, de Marina-idea, sino mía, de la pobre encarnación que he acertado a darle, de Marina-forma.

Ese sentimiento de libertad que mueve a Marina a aferrarse a sus derechos naturales de mujer que aspira a ser madre conforme a su instinto, se repite luego en el hijo que rechaza una paternidad adventicia, sin raíces psicológicas. Si la maternidad debe ser una selección espontánea del genio, individualizado en una mujer, de la especie, la paternidad, o es una creación lenta o no es nada. La madre alumbra el hijo, le da cuerpo; el padre le va haciendo en espíritu, le da alma. La distancia, el desafecto, la disparidad ideológica abren abismos insalvables entre padres e hijos. Octavio parecerá tal vez un hijo desnaturalizado al negarse a querer reconocer a su padre natural, que viene de lejos, después de veinticinco años de ausencia, como llovido del cielo; pero lo falso y mixtificador hubiera sido lo contrario.

Nace REMEDIOS HEROICOS cuando el impulso impreso por Ibsen al teatro contemporáneo parece amortiguado, casi extinto. No son eternas las fuerzas de renovación. De Shakespeare y de los clásicos españoles del siglo XVII puede asegurarse que vivió el teatro de Europa hasta fines del XIX; ellos volvieron a la actitud romántica—aunque fuera mejor decir dionisiaca, en el sentido de inspiración, de embriaguez espiri-

tual—, ante la vida, proyectada desde un escenario; los demás, con insignes excepciones originales como Molière y pocos más, los tradujeron o adaptaron, cuando los adaptados o traducidos no eran los propios griegos. Ibsen, empapado de Shakespeare, y probablemente también de Lope y Calderón, sobre todo de éste, a través de los románticos alemanes, rompe con el clasicismo y academicismo en que había caído conservadoramente el teatro europeo y lo fertiliza con el sustancioso torrente de su genio libre y creador. Pero lo que había en su influencia de movimiento continental, universal fuera más exacto decir, de apretada falange, es hoy un ejército disperso y en muchos casos desorientado. La renovación técnica, que también era necesaria, aportada principalmente por alemanes y rusos al teatro moderno, puede haber sido causa de confusión momentánea. Hay gentes de buena fe que aconsejan que sólo se haga teatro a base de decoraciones, mímica y música. Naturalmente, para tales gentes sobra el teatro, como sobra la pintura para los ciegos.

La actual tendencia en el mundo entero acaso sea hacia la actitud apolínea o clasicista, un retorno al equilibrio, a la serenidad, después del renacimiento romántico de la vuelta del siglo XIX al XX—representado en España por el grupo del 98—, de la ebullición socialista, de la guerra de 1914 a 1918 y de las revoluciones subsiguientes, dramas humanos que arrastraron, a través del periodismo y la política, como simples instrumentos de combate, a todos los hombres de máxima capacidad emotiva. (De haber seguido residiendo en la Argentina, lejos de la ardiente polémica europea, social e internacional, de los últimos lustros, es muy probable que yo hubiera comenzado a escribir para el teatro hace unos quince años; pero no me pesa la involuntaria demora.) Cansado de esas experiencias turbulentas, el hombre sueña

con reposar el ánimo. Vendrá, probablemente, la hora de un nuevo clasicismo, y ya se advierten algunos síntomas. El éxito de Proust quizás se deba a que en su obra todo es tranquilo, ecuánime, sin dramas ni conflictos de serio linaje. Esa tendencia hará escuela y será movimiento o, mejor sería decir, estatismo colectivo, como un ejército que se apresta a asentarse para una larga paz. Es la calma que sigue a la tormenta, la bonanza que se organiza serena, clásicamente. La historia es sístole y diástole continuas. La vida se adormece, y el destino, o suma de todos los legados físicos y psíquicos que gravitan sobre el hombre, determina su actitud y su obra.

Sin embargo, yo pienso que esta tendencia al reposo, al orden que se pulsa en todas las manifestaciones de la vida, incluso en el arte, es más un alto pasajero que el principio de un nuevo período histórico, porque todavía no está cerrado el ciclo de la época moderna ni ha visto realizados sus sentimientos de libertad individual el hombre contemporáneo. Se fatigan unas generaciones; pero pronto vienen otras a recoger la antorcha. De los hombres que ya han hecho o están a punto de acabar su obra podemos decir lo que en 1844 Federico Hebbel escribía de Goethe en el sagaz ensayo sobre el arte dramático con que prologaba su *María Magdalena*.

«Goethe, pues, para usar su propia expresión—escribía Hebbel—, recibió la gran herencia de la época, pero no la apuró del todo. Reconoció que la conciencia humana quiere ensancharse, hacer saltar un nuevo anillo; pero no pudo abandonarse a la Historia con entera confianza. Como no supo resolver las disonancias que surgían de un estado de transición de que él mismo participó violentamente en su juventud, apartóse de él con decisión, es más, con desgana y asco. Pero no por eso desaparecieron aquellas circunstancias, y no sólo se prolongan hasta

nuestros días, sino que se han acrecentado, al punto que a ellas han de atribuirse las vacilaciones y divisiones de nuestra vida pública y privada. De ningún modo son tampoco tan antinaturales o peligrosas como con gusto se quisiera presentarlas, pues el hombre de este siglo no desea, como se le inculpa, nuevas e inauditas instituciones, sino que aspira a un mejor fundamento para las que existen, de suerte que sólo se apoyen en la moralidad y la necesidad, lo que viene a ser idéntico, sustituyendo los garfios externos en que parcialmente se sujetaban hasta ahora por el centro de gravedad íntimo de que pueden derivarse por completo. En mi opinión, este es el proceso histórico universal que tiene lugar en nuestro tiempo. Le ha preparado la filosofía desde Kant y, más propiamente, desde Spinoza, descomponiendo y disolviendo. Si el arte dramático tiene aún algo que hacer—pues ya está recorrido el círculo trazado hasta ahora y las duplicaciones son superfluas y no encajan en la economía de la literatura—, debe ayudar a que concluya ese proceso. Su misión es la que, en una crisis semejante, cumplieron Esquilo, Sófocles, Eurípides y Aristófanes, los cuales no aparecieron uno tras otro en tan poco tiempo por casualidad y sólo porque esa era la buena intención del destino respecto del teatro de los atenienses. El arte dramático ha de mostrar en grandes cuadros cómo los elementos desencadenados por el último gran movimiento de la Historia no se han incorporado por completo y satisfactoriamente en un organismo vivo, sino que se han entumecido, parcialmente, en un cuerpo ficticio, y cómo estos elementos producen la nueva forma de la humanidad en que todo volverá de nuevo a su sitio, en que la mujer tornará a oponerse al hombre, y éste a la sociedad y la sociedad a la idea.»

Acaso venga en la literatura del mundo un perío-

do de calma, nuncio de nuevos combates, un retorno a esos duplicados de que habla Hebbel. Pero siempre habrá conciencias solitarias, guerrilleras, dispuestas a dar la batalla al destino, independientemente del momento y lugar de su existencia, como perenne imperativo de lo que la vida tiene de indómita e insobornable. Y siempre habrá almas donde esa lucha del hombre por ser leal consigo mismo ha de hallar, en unos simpatía y en otros respeto, como toda tarea concebida con gravedad y realizada con pureza de fines y procedimientos.

LIBRARY

RARE BOOK
COLLECTION

THE UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ6217
.T443
v.252
no.4